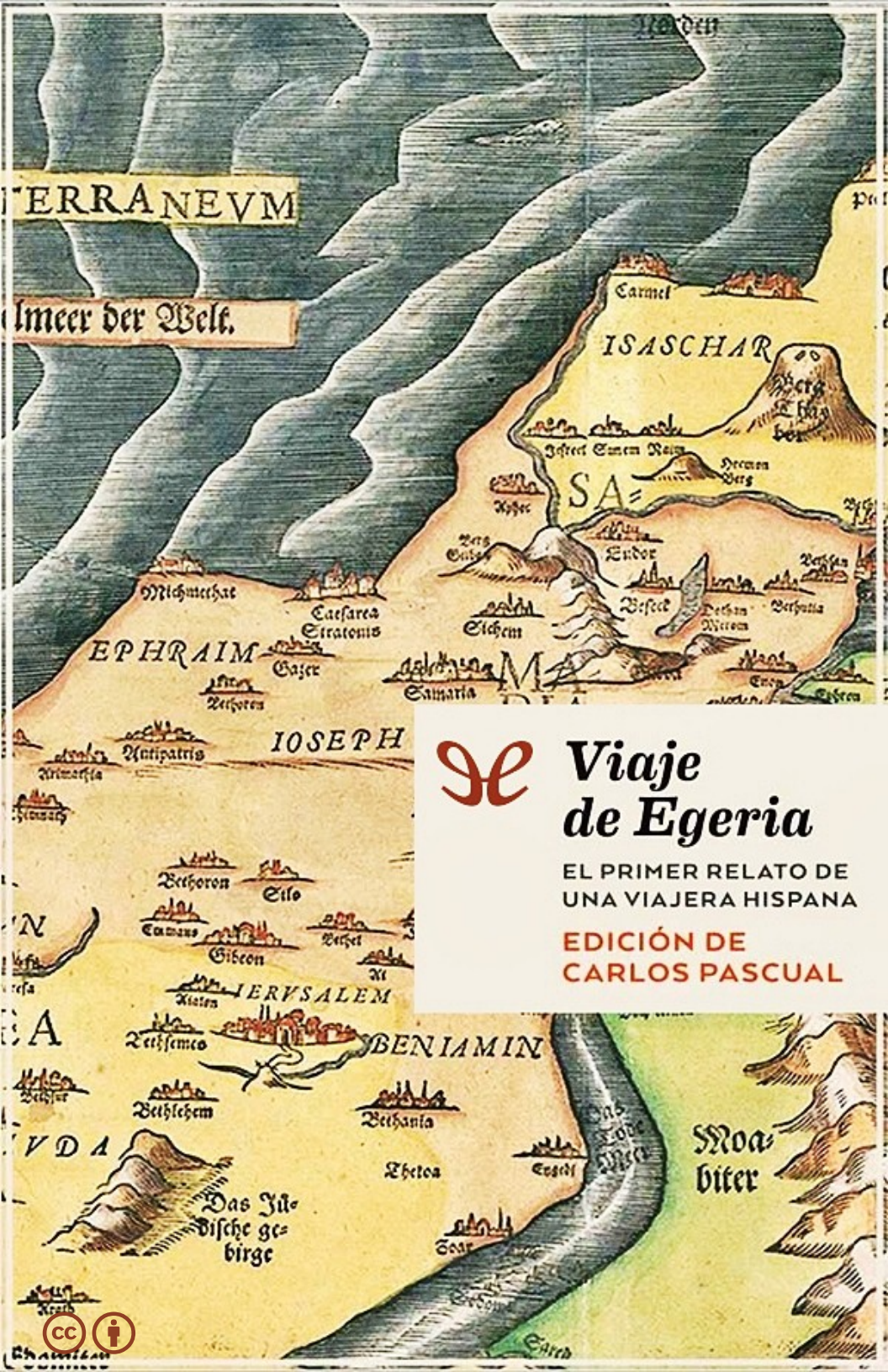

Viaje de Egeria

EL PRIMER RELATO DE UNA VIAJERA HISPANA

EDICIÓN DE CARLOS PASCUAL

El relato de viajes más antiguo en nuestro país del que se tiene noticia fue escrito por una mujer. Lo habría redactado en el siglo IV una dama gallega llamada Egeria en forma de cartas dirigidas a sus amigas. Aún hoy, lo que se conserva de este fatigoso viaje de peregrinación a Tierra Santa no ha perdido ni la frescura ni el valor testimonial que supuso tan largo periplo en las postrimerías del Imperio Romano, vivido y relatado desde la perspectiva de una mujer singular, curiosa y decidida.

A través de la Vía Domitia, la autora recorre Constantinopla y los escenarios bíblicos de Jerusalén, Egipto, el Sinaí y Mesopotamia, tomando nota e interesándose por todo lo que ve. Carlos Pascual se ocupa de la traducción de esas cartas, así como de la introducción, notas y bibliografía de esta Peregrinatio o Itinerarium, un texto redactado en el siglo IV, copiado en el siglo XI por un monje de la abadía de Montecasino y recuperado felizmente a finales del siglo XIX.

epublibre

Egeria

VIAJE DE EGERIA

El primer relato de una viajera hispana

ePub r1.0
Titivillus 11.03.18

Título original: *Peregrinatio*
Egeria, 384
Traducción: Carlos Pascual
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Yo, que soy un tanto curiosa…

EGERIA

En los últimos años del siglo IV, cuando el imperio romano está a punto de derrumbarse, una mujer hispana de alto linaje se pone en camino para conocer y venerar los Santos Lugares recién «descubiertos» por santa Helena. Atravesando la Vía Domitia, llega a la capital de la *pars orientis* del Imperio, Constantinopla, continúa hasta Jerusalén, recorre parajes bíblicos, incluido el Sinaí y algunos lugares de la Mesopotamia romana. Va narrando cuanto ve, con deliciosa frescura, en unas cartas dirigidas a las amigas que quedaron en la patria. Su relato, copiado por algún monje en el siglo XI, fue hallado en 1884 en una biblioteca italiana. Tras una ardua investigación, se pudo poner nombre y rostro a esa matrona piadosa: Egeria, la primera viajera y escritora hispana de la que tengamos noticia.

Índice

INTRODUCCIÓN
VIAJE DE EGERIA
TEXTOS ADICIONALES
BIBLIOGRAFÍA SELECTA

INTRODUCCIÓN

UN HALLAZGO COLOSAL

La historia de la que vamos a ocuparnos podría servir como argumento de suspense. Corría el año 1884 y un erudito italiano, Gian Francesco Gamurrini, rebuscaba y ponía un poco de orden entre polvorientos legajos y manuscritos de la Biblioteca della Confraternità dei Laici (o de Santa María), en Arezzo. Un códice atrajo especialmente su atención. Se trataba de unos pergaminos en latín, copiados en el siglo XI, en los cuales aparecían juntos —aunque escritos por distinta mano— dos textos que nada tenían que ver entre sí. El primero, eran fragmentos de San Hilario de Poitiers. El otro escrito resultaba más intrigante, pues era una curiosa relación de un viaje a Tierra Santa, escrito en época muy temprana, y por una mujer anónima que hablaba en primera persona.

Por lo que podía apreciarse a simple vista, en este segundo escrito faltaban bastantes hojas; muchas al principio, algunas al final, puede que alguna de por medio… Un examen reposado del hallazgo comenzó a arrojar las primeras luces. Se trataba de unas «notas de viaje» redactadas según un molde ya conocido, la *peregrinatio* o *itinerarium*, uno de los más tempranos géneros medievales, según la tipología clásica de Jean Richard. Lo curioso del caso es que las notas estaban redactadas en forma de misivas o cartas, hacia finales del siglo IV o comienzos del V.

Al parecer, la redactora escribía a unas lejanas *dominae et sorores* («señoras y hermanas») que habrían quedado muy lejos, en la pa-

tria común, a la cual ella confiaba en volver, según indicaba al final de su relato. La autora había realizado un largo periplo, desde «tierras extremas» hasta los lugares bíblicos, y describía estos a sus remotas destinatarias con una frescura y candor de lenguaje que cautivaban desde el primer momento: aquella era una obra singular.

Inmediatamente, Gamurrini se puso a hacer averiguaciones y a investigar más a fondo cómo y desde dónde habría llegado hasta Arezzo aquel códice. Por la forma de la escritura y la datación del mismo, se podía presumir que este había sido transcrito en el *scriptorium* de la célebre abadía benedictina de Montecasino; de hecho, parecía que ese mismo códice había servido al bibliotecario de dicha abadía, Pedro Diácono, para redactar el tratado o catálogo *De locis sanctis* hacia 1137. Hacia 1610, el abad Ambrosio Rastrellini lo habría llevado consigo desde Montecasino al monasterio de las santas Flora y Lucilla, en Arezzo, al hacerse cargo de este último; y de allí habría pasado a la Biblioteca della Confraternità al suprimirse, en 1810, la abadía aretina, filial de la de Montecasino.

Pero esto no resolvía las principales dudas. ¿Quién era aquella mujer cuyo relato había sido copiado en el siglo XI por la mano abnegada de algún monje? ¿En qué época exacta había llevado a cabo sus andanzas y las había puesto por escrito para que sus *sorores* pudieran ver a través de su mirada viajera los lugares más venerados de la cristiandad?

Al año siguiente de su hallazgo, el propio Gamurrini lanzaba las primeras hipótesis y ponía nombre a la anónima redactora: se trataría, según le pareció vislumbrar «en súbita iluminación», de Silvia de Aquitania (o Silvania), hermana del prefecto Flavio Rufino, en tiempos del emperador Teodosio, en los últimos años del siglo IV. Ese fue el nombre y autoría que aventuró en la edición príncipe del texto, en 1887, y también en la segunda edición, más cuidada, del año siguiente.

Pero ya en ese último año las dudas se tornaban cada vez más espesas para el propio Gamurrini. En 1903, el benedictino Dom Mario Férotin daba un golpe de timón definitivo: la autora no era Silvana o Silvania, sino una tal Etheria o Egeria, de la que se tenían confusas noticias. Concretamente, aparecía elogiada por su intrepidez viajera y su piedad en una carta escrita por el abad Valerio a unos monjes del Bierzo en el siglo VII; dicha carta había sido recogida por el padre Enrique Flórez en su monumental obra *España Sagrada,* un significativo fruto del enciclopedismo ilustrado del siglo XVIII.

Así que, según Férotin, la verdadera redactora de la hasta entonces conocida como *Peregrinatio Silviae* sería, en realidad, la hispana Etheria o Egeria. Más adelante veremos con algo de detalle cómo se fueron desbrozando hipótesis, y cómo se llegó a fijar la autoría del escrito hallado por Gamurrini —entretanto, en 1909, De Bruyne había encontrado otras hojas sueltas del mismo viaje entre los Manuscritos de Toledo de la Biblioteca Nacional de Madrid; hojas, por cierto, copiadas un par de siglos antes que las de Arezzo—. De momento, lo que nos interesa retener es que el hallazgo de Gamurrini sacaba de pronto a la luz a una mujer hispana como verdadera artífice de aquel relato.

La importancia de estas averiguaciones es evidente. Estaríamos, posiblemente, en presencia de *la primera escritora española* de nombre conocido cuya obra haya llegado a nuestras manos. Y su relato, *el primer libro español de viajes*. Porque, aunque fuera redactado con otros propósitos, concretamente desde la piedad religiosa, lo cierto es que el texto de Egeria constituye un auténtico diario de ruta, que anticipa en bastantes siglos lo que algunos exploradores medievales convertirían en género literario, y no digamos los viajeros románticos, mucho después. Incluso el vehículo formal de sus observaciones y anotaciones —la forma epistolar— es un molde adoptado por escritores viajeros de todas las épocas.

Con nuestra mentalidad actual, digerida la revolución copernicana, y con la sacudida de los descubrimientos actuales y el abismo sin fondo que ofrecen a nuestra imaginación de personas del siglo XXI, resulta difícil calibrar lo que supuso el viaje de Egeria. Un periplo que atravesó *todo el orbe* conocido —como se encargaría de glosar Valerio—; un viaje que solo se detuvo ante aquellos confines informes en los que el mundo civilizado se difuminaba en franjas oscuras, no sometidas a la *disciplina romana,* y anilladas hacia los límites del universo.

Nos cuesta, asimismo, imaginar el verdadero valor de las distancias, y de las fatigas para vencerlas, en aquel mundo del siglo IV, cuando el Imperio romano, por algunos rincones de su dilatada masa, comenzaba a fermentar y a corromperse, cercano a su total derrumbe. Pero no es el viaje en sí, por meritorio que se quiera, lo que da grandeza e importancia al relato de Egeria. Lo relevante es, sobre todo, el relato mismo. Lo notable es el paladar fino de viajera «de raza» que sabe detenerse en detalles, degustar el trajín, al margen de sus piadosos móviles, adelantarse en muchos siglos a la sensibilidad que llegaría después a cristalizar en sólido género literario.

El que, posiblemente, debamos considerar como primer clásico viajero español no es un torpe balbuceo, sino una obra fresca y espléndida que merece mayor justicia. Solo estudiosos y eruditos se han ocupado hasta ahora del manuscrito de Egeria. Pero su relato, por sí mismo y por lo que significa, merece ser conocido por el público en general, al menos por el público amante de la literatura viajera. Lo merece el relato y lo merece su autora. Porque la figura de Egeria tiene todos los ingredientes para encandilar a cualquier lector sensible: es una figura tan apasionada como apasionante.

UNA MONJA… DE LEYENDA

Cuando Gamurrini descubrió el códice de Arezzo, su primer desafío era sacar a la autora del anonimato. En un principio, como dijimos, Gamurrini creyó que podría tratarse de Silvia (o Silvania) de Aquitania, por las alusiones que se hacen al río Ródano y algunos modismos del latín empleado. Pero las dudas se hacían cada vez más consistentes; Silvia no era hermana de Flavio Rufino, como se había dicho, sino γυναικαδελφηυ, «hermana de su mujer», cuñada, y por tanto no necesariamente de Aquitania. Aquella atribución había sido generalmente aceptada por todos al principio. Un erudito francés, C. Kohler, aventuró que pudiera tratarse de Gala Placidia, hija del emperador Teodosio, pero las fechas no encajaban: cuando se pudo determinar con certeza la fecha del viaje, resultaba que para entonces Gala Placidia todavía no había nacido.

Otros autores hicieron diversas conjeturas: Geyer «tenía por cierto» que se trataba de una mujer francesa, aunque no Silvia; algunos incluso pensaron en una italiana, basándose en el lenguaje empleado. Fue, como dijimos, el benedictino francés Mario Férotin quien aclaró la autoría, siguiendo la pista del abad Valerio, aquel documento del siglo VII que ensalzaba la intrepidez viajera de la hispana Etheria o Egeria[1].

Ese era un segundo problema a resolver: el nombre correcto de la autora. Porque entre la carta de Valerio —que transcribe varias grafías— y noticias sueltas de catálogos o listas, el surtido de variantes era abultado: Aetheria, Etheria, Heteria, Egeria, Eucheria, Echeria… Para no cansar, digamos que al principio se aceptó ampliamente el nombre de *Etheria* —que vendría a significar algo así como «Celeste»— y se desechaba el de *Egeria,* porque era el nombre de una ninfa romana cantada por Ovidio y Virgilio, entre otros; es decir, era un nombre de sabor pagano. Pero otros estudiosos pusieron de relieve que entre los cristianos de la época era común usar nombres de divinidades o personajes paganos. Agustín Arce, el autor español que más a fondo trató el

personaje y la obra de Egeria, también se inclina por la forma *Egeria* y da una razón importante: en algún documento latino de la misma demarcación geográfica (la «provincia Gallaecia») aparece como firmante una tal *Egeria testis*. En palabras de H. Chirat, y para resumir, «es la forma Egeria la mejor atestiguada, la que explica incluso las diferentes grafías y la que la crítica textual obliga a preferir».

Pues bien, ¿quién era esa tal Egeria que realizó tan largo y penoso viaje y consignó por escrito sus impresiones? ¿Qué rostro de carne y hueso se oculta tras ese nombre? Aquí hay que deshacer un largo y colosal malentendido —que en parte sigue vigente—. El de suponer que Egeria fuera monja o algo parecido. El hecho de que la autora se dirija a unas *dominae et sorores* llevó a identificarla con una *soror* o *sor*, una monja; más aún, con una *abadesa* que relata a sus monjas las maravillas que ellas no pueden ver. El malentendido arranca de una visión sesgada, o interesada, pues quienes más se ocuparon del personaje desde época temprana fueron religiosos; Valerio, el abad del Bierzo del siglo VII —cuyo panegírico resultó clave para poner rostro y nombre a la viajera—, se refiere a ella como *beatissima sanctimonialis*: es decir, da por supuesto que era *monialis*, lo que tendría que ver con esa condición; tal vez tuviera alguna razón o algún dato en su momento para apoyarlo. Y en un catálogo de la biblioteca de la abadía de Montecasino —donde estuvo el códice antes de ser transferido a Arezzo— se consigna ese volumen como «Escritos de Hilario y de la *abatissa*».

Lo cierto es que en aquella época temprana del cristianismo las monjas no se habían inventado aún, por decirlo coloquialmente. En todo caso, se estaban fraguando los cimientos de algo que vendría después. Es verdad que en el Concilio de Elvira (o Granada), en el año 305, se regula cierto tipo de vida religiosa para las mujeres. Sabemos que la hermana del obispo Osio de Córdoba, uno de los asistentes al Concilio de Elvira, había con-

sagrado a Dios su virginidad. Para depurar el *pactum virginitatis* de que habla ese concilio, otro cónclave celebrado en Zaragoza en el año 380 prohíbe dar el velo a las vírgenes antes de cumplir cuarenta años; y otro concilio, celebrado en Toledo poco antes del 400, impone graves sanciones a los prevaricadores. Es decir, a pesar de la fecha temprana, ya existía un cierto movimiento «monacal», como destacó Fray Justo Pérez de Urbel, autoridad (interesada) en la materia.

Lo que ocurre es que las «monjas» de entonces y el género de vida que llevasen serían muy diferentes al modelo que la tradición y el correr de los tiempos irían acuñando. Parece seguro que por entonces existían grupos de mujeres que, bien individualmente, bien en comunidad, se entregaban a cierto tipo de vida religiosa. Había entre esas mujeres *virgines, viduae* (viudas) o sencillamente *continentes*. Su vida en común ha de entenderse de manera un tanto laxa, tal vez algo así como la institución muy posterior de las beguinas y beguinajes o beaterios de los Países Bajos —con todas las salvedades, es solo una ilustración—. Todavía no estaba rígidamente establecida la *stabilitas loci*, y las devotas podían entrar y salir de su residencia con bastante libertad de movimientos.

Los *monasteria* de que habla Egeria, los que ella acude a visitar en Egipto o en los entornos de los santos lugares, no eran monasterios tal y como ahora los entendemos, sino más bien eremitorios o ermitas, es decir, habitáculos o incluso cuevas donde vivían los ermitaños de manera individual —*monos* en griego significa solo, único—, aunque a veces próximos unos de otros. En nuestro país, un ejemplo válido de lo que eran aquellos *monasteria* serían las ermitas de Córdoba, que precisamente trataron de reproducir, muchos siglos después, el género de vida de los primeros anacoretas. Algunos estudiosos, como A. Arce, llegan a afirmar —con sospechosa rotundidad: Arce era franciscano— que ya en aquella época había «monasterios» similares a lo que

ahora entendemos por tales, con grupos de hombres o de mujeres entregados a Dios, y viviendo una vida en comunidad

Pero hablar de *la monja Egeria* me parece un despropósito. Por la expresión reiteradamente empleada, *dominae et sorores*, no puede deducirse que se dirija a *hermanas* monjas; y desde luego, el contexto general es muy otro, como enseguida veremos. El poeta Virgilio emplea a veces el término *soror* como equivalente de amiga, compañera (A. Blázquez). Ya antes de que naciera Egeria, la expresión *soror*, empleada coloquialmente, podía tener una mera connotación de afecto, no necesariamente de parentesco. La interpelación a unas *dominae et sorores* habría que traducirla, pues, como «respetables amigas», o incluso «queridas amigas»[2].

Esta confusión primordial fue alimentando lo que podríamos llamar el mito del personaje: «la monja Egeria». Insisto en ello pues da idea de la popularidad que ha llegado a alcanzar, y de su vigencia. Se ha llegado a hablar con total desparpajo de la «monja viajera», en claro paralelismo con santa Teresa de Jesús, algo que alentó en su día Fray Justo Pérez de Urbel[3]. Este abad compara los trotes y el arrojo de Egeria con las andanzas de la «monja andariega» por excelencia, Teresa de Ávila. La aproximación es comprensible. Pero no la comparación: devotas las dos, andariegas las dos, escritoras las dos, son en el fondo muy distintas. Santa Teresa viaja pero va a lo suyo, a sus fundaciones, sus escritos espirituales o sus absortas meditaciones. Egeria también va a lo suyo, pero disfruta su trajín, sabe fijarse en las cosas, sentir curiosidad por ellas, sabe enriquecerse a través de las experiencias y conocimientos que el trayecto le va brindando, y no siente empacho en detallarlo por escrito. En este sentido, creo que la figura de Egeria resulta más cercana, más a ras de tierra, y paradójicamente, mucho más moderna que la de esa otra mujer, también española, también viajera y también escritora.

Señalemos por lo demás que el paralelismo entre ambas parecía darse por sentado en el sello emitido en España, en 1984, con

motivo del «XVI centenario del viaje de la Monja Egeria al Oriente Bíblico[4]». Más aún, en 2005 se inició en Alemania un «Proyecto Egeria» para realizar cada año, hasta 2015, una peregrinación «a cada uno de los once países que hiciera la Hermana Egeria», empezando por España[5]. Todavía hoy, los textos que pueden leerse en internet de grupos y organizaciones de carácter religioso o feminista son tan combativos como desenfocados. Y no se han olvidado de Egeria los novelistas, elevándola algunos al grado de ¡santa![6]

LA DAMA PEREGRINA

Lo que sí está claro es que era una gran dama. O al menos una mujer importante. Solo así se explicaría que pudiera disponer tan libremente de su persona y de su tiempo. Y que pudiera viajar de la manera en que ella lo hacía, sin problemas de dinero y en compañía de un nutrido séquito. Es más, las facilidades que encuentra donde quiera que vaya, los obispos que salen a recibirla, el propio uso que hace del *ager publicum* (vía diplomática y militar), todo ello parece indicar que se trataba de una dama noble y adinerada. Algunos incluso han apostado que pudiera estar emparentada de algún modo con la familia imperial. Agustín Arce da por sentado que «entre Egeria y Teodosio (el emperador español) parece que hubo cierta relación de parentesco o al menos de amistad» y aventura incluso que Egeria pudo nacer, o al menos vivir, en Coca (Segovia) y realizar parte de su viaje en compañía de Teodosio. Es una hipótesis patriótico-voluntarista sin mayor fundamento.

Despejado el malentendido de «la monja Egeria», deberíamos abordar su figura desde una perspectiva distinta, moderna y más cercana al conocimiento histórico que ahora tenemos de su época. Una clave para entender quién era Egeria es insertar su figura en su contexto histórico, sin prejuicios de índole religiosa. Y lo primero que hay que aclarar es que emprender un viaje como el que hizo era algo que en su época estaba de moda. Sobre todo

entre las clases pudientes, sin excluir a las mujeres. Franco Cardini, en su estudio sobre la mujer medieval, destaca esos aspectos sociales, encuadrándolos en el fuerte movimiento emancipador que consiguieron, en los últimos días del Imperio, algunas matronas romanas de clase acomodada. Llega a afirmar que «un verdadero diluvio de matronas inunda la Jerusalén de los tiempos de Jerónimo»[7].

No era infrecuente, al parecer, que una mujer de cierta alcurnia se echase a los caminos. Mucho antes de las inquietas Leonor de Aquitania, Brígida de Suecia o Englantine de Chaucer, ya en ese dramático siglo IV que serviría de gozne a dos eras históricas —fin del mundo clásico e inicio del período medieval— fueron bastantes las damas romanas que invadieron las vías, todavía seguras, del Imperio. De algunas de estas peregrinas tenemos noticia cierta: la diaconisa Marthana, que se cruzó en el camino de Egeria; las Marana Cira o María de Amida que aparecen peregrinando por los entornos de Jerusalén; la noble Melania, que tras enviudar a los veinte años viaja con otras dos damas de la aristocracia hasta el desierto egipcio, plagado entonces de anacoretas, y acaba fundando un monasterio en el monte de los Olivos; o Paula, también de familia ilustre, compañera espiritual de San Jerónimo, que fundó en Belén un monasterio «dúplice» (de hombres y mujeres, aunque por separado) y un albergue para peregrinos…

La «culpable» de tal fascinación por Oriente fue Santa Helena, madre del emperador Constantino, con su empeño en recuperar y lustrar los Santos Lugares. Aquella suerte de arqueología sacra, unida a la aparición de ciertos libros piadosos, como la *Vita Antonii* de Atanasio de Alejandría, encauzaron a riadas de peregrinos hacia los parajes bíblicos, los *martyria* o sepulcros de algún apóstol u hombre santo (no necesariamente mártir), y los *monasteria* o cenobios donde, como el propio nombre indica, vivía un

solo ermitaño retirado, aunque pudieran hallarse agrupadas algunas de esas «ermitas».

De todo había en aquella piadosa confusión de trotamundos: monjes y ascetas bienintencionados —se ha llegado a hablar de un cierto «eremitismo itinerante»—. Pero también abundaban los llamados *gyrovagui*, tipos variopintos, de ideales y conducta a veces más que dudosos, que traían de cabeza a los Santos Padres y responsables locales. Sobre todo cuando se trataba de mujeres. Valgan de ejemplo las palabras de San Gregorio de Nisa, quien en su *Epístola Segunda* critica a las féminas que se exponen al peligro: «Puesto que en aquellos lugares de Oriente las posadas, las hospederías y las ciudades tienen mucho de licencioso y de indiferente hacia el mal ¿cómo se puede conseguir que a quien anda entre humos no se le irriten los ojos?».

Más duro y cascarrabias es san Jerónimo. A pesar de ser él, desde su retiro de Belén, un promotor excepcional de los Santos Lugares: «…Y es tal la aglomeración de uno y otro sexo que, lo que en otro sitio pretendías evitar, no era sino parte de todo lo que aquí tienes que aguantar». Y en una carta a Furia (una noble viuda romana) se queja del poco edificante ejemplo de una de aquellas peregrinas ilustres: «Hace poco hemos visto algo ignominioso, que ha volado por todo el Oriente: la edad, la elegancia, el vestir y el andar, la compañía indiscreta, las comidas exquisitas, el aparato regio: todo parecía anunciar las bodas de Nerón, o de Sardanápalo».

Algunos —Leclercq con especial insistencia— quisieron ver en este reproche una alusión directa al viaje de Egeria. Pérez de Urbel se apunta a esa opinión y achaca la rabieta de San Jerónimo al hecho de que Egeria no fuera a visitarle. Pero a poco que se lea con imparcialidad el texto de Egeria y a poco que se la «conozca», resulta impensable que sea ella la persona a la que Jerónimo se refiere. Es más, las fechas no cuadran. Lo más probable, como apunta Paul Devos, es que el escandalizado Jerónimo se

refiera a la noble Poemenia, pariente del emperador Teodosio, quien hizo un ostentoso desplazamiento acompañada de servidores y eunucos, y todo un séquito de clérigos y obispos[8].

En aquel tropel de matronas romanas que se apuntaban a la moda del pío excursionismo hubo un grupo importante de mujeres hispanas. La cosa tiene su explicación: cuando el emperador Teodosio el Grande —que los segovianos de Coca consideran su paisano— se estableció en la corte de Constantinopla, le arropó un grupo de mujeres que se hicieron notar en la vida pública. Sobre todo su propia consorte, Flacila, quien —como ha observado Kenneth G. Holum— fue la primera mujer que no solo recibió el título de Augusta, sino que ejerció como tal; papel protagonista que, a partir de entonces, tendrían las emperatrices bizantinas[9].

Junto a Teodosio y Flacila estaban la cuñada del emperador, María (viuda), y las hijas de esta, Termancia y Serena; mujeres de origen hispano que J. F. Matthews llama «the Gallic supporters of Theodosius». Pero la familia imperial no se limitaba a los miembros bajo techo de palacio. No existen bases sólidas para afirmar que Egeria perteneciese a la familia imperial. Lo que sí está claro es, primero, que los lazos y conexiones tanto del clan imperial como de las familias nobles formaban una malla difusa que se extendía por todo el imperio; y segundo, que las mujeres de la aristocracia se copiaban algo más que la moda del peinado o los vestidos. También la fiebre viajera, que era algo bien visto por aquellas calendas, un valor social de clase alta.

Egeria, por lo demás, no era la primera aristócrata hispana que realizaba uno de aquellos viajes de moda. Antes que ella lo había hecho otra noble de origen hispano, la ya citada Melania, quien enviudó a los veintidós años y emprendió un viaje (entre el 371 y 372) en compañía de Rufino de Aquilea para visitar a los anacoretas del desierto de Egipto. Su ejemplo fue seguido, entre otras, por la también hispana Poemenia —la que escandalizó a

San Jerónimo, posiblemente—, la cual visitó Egipto y Palestina entre los años 384 a 395; ella iniciaba su periplo el mismo año en que Egeria emprendía regreso del suyo.

Para fijar las fechas en que Egeria realizó su viaje hubo que recurrir a la crítica interna del propio texto. A través de algunas pistas que da sobre ciertos obispos al frente de las ciudades que visita, encajando tiempos como en un puzzle, se llegó a la conclusión de que Egeria realizó su viaje entre los años 381 a 384, emprendiendo en esta última fecha el tornaviaje[10].

RETRATO ÍNTIMO

Hasta ahora no hemos hecho más que esbozar algunos rasgos epidérmicos de Egeria. Nos queda bucear en su interior, buscar el rostro íntimo de esa mujer, que ella misma refleja con encantadora ingenuidad en su relato. Y justamente ahí, en su perfil humano, es donde reside, creo, su grandeza y su innegable atractivo.

Egeria es, para empezar, una viajera de raza, una auténtica adelantada en muchos siglos al espíritu viajero de los descubridores medievales y renacentistas, de los exploradores ilustrados o de los ensoñadores románticos. Tiene el fino paladar del viajero nato que sabe detenerse y apreciar el detalle en que otros no reparan. Aunque las motivaciones sean de otro orden, sabe sacar jugo a su viaje, no puede ocultar que lo disfruta en cuanto tal, pese a las penalidades, y que trata de enriquecerse con su experiencia.

Ella misma nos confiesa que, *ut sum satis curiosa,* «como soy un tanto curiosa», quiere verlo todo, ampliar las excursiones proyectadas para alcanzar los nuevos objetivos que se ofrezcan sobre la marcha, aun a costa de caminatas suplementarias. Pregunta por cuanto ve, pidiendo explicaciones, y también por lo que no ve, para que la lleven a verlo si no queda demasiado lejos. Ni siquiera al acabar su relato se apacigua su curiosidad: cuando se

despide epistolarmente de sus amigas y les anuncia el retorno, todavía está planeando, como quien decide de improviso, hacer unos cuantos recorridos más por Asia Menor para venerar algunos *martyria* o sepulcros de apóstoles y santos.

Además de curiosa —la curiosidad del viajero nato se acerca al θαυμαζειν, la «admiración» que subyace a toda sabiduría—, Egeria es, qué duda cabe, una mujer animosa. La *mulier fortis* de la Biblia. Hacía falta buena dosis de valentía y arrojo para lanzarse a recorrer, prácticamente, *todo* el mundo conocido entonces, deteniéndose solo ante aquellas fronteras cerradas a la civilización y al conocimiento.

¿Qué más podemos saber de Egeria? Podemos aventurar su edad, por ejemplo. Debía de ser, al realizar su viaje, una mujer de edad mediana, o si se quiere, madura en el mejor y más rico de los sentidos. No una mujer joven; no se compaginaría ese hecho con el de viajar acompañada siempre de «santos varones», presbíteros, diáconos e incluso obispos. Tampoco una mujer anciana; pues en tal caso no hubiera podido seguir el ritmo del viaje que refiere, un viaje de muy larga duración, a través de durísimas etapas a lomos de caballería, en barco y muchas veces a pie, subiendo escarpadas montañas a las que los propios monjes ancianos que habitaban por los alrededores ya no podían ascender.

Ese es precisamente otro de los rasgos más simpáticos y humanos de Egeria, que nos da medida de su calidad personal, de su gran humanidad. Cuando recorre las montañas del Sinaí, antes de regresar, rinde visita en sus propias ermitas a los monjes ancianos o enfermos que no hubieran podido acudir con ella a venerar los lugares bíblicos de más difícil acceso.

Podemos presumir, por otro lado, que Egeria debía de ser una mujer cultivada. Sabemos que en sus desplazamientos lleva consigo algunos libros; al llegar a cualquiera de los lugares santos, echa mano de su Biblia y hace que se lea el pasaje correspondien-

te donde se habla del lugar visitado. Previamente se ha informado muy bien, según podemos entrever. Dicho sea de paso, todo un ejemplo de cómo se mueve «el perfecto viajero»: primero se documenta bien sobre sus destinos, y se pertrecha de guías y libros que vayan ilustrando y enriqueciendo sobre la marcha su experiencia. Podemos suponer que, aparte de alguna *Vetus latina* —es decir, alguna de las versiones latinas de la Biblia anteriores a la *Vulgata,* la traducción que por entonces estaba todavía preparando San Jerónimo—, consultaría el *Onomásticon* de Eusebio de Cesarea y algunas otras obras.

Lo que ocurre es que Egeria, pese a ser una mujer culta, no hace alarde de ello. Al contrario, existía entre los cristianos de aquel angustiado siglo IV cierta manía por disimular o enmascarar sus conocimientos clásicos, que podían alojar un poso de paganismo. Recordemos el célebre sueño de San Jerónimo en el que el reproche de *ciceronianus es, non christianus* —«eres ciceroniano, no cristiano»— le inclinaría a decantarse por un latín liso y llano para su traducción de los libros santos. Por no citar actitudes más rigoristas —incluso fanáticas—, como las de aquellos cristianos empecinadamente incultos que destruían templos y estatuas paganas, o de los que degollaron a la científica y filósofa neoplatónica Hipatia, en el ágora de Alejandría, en el año 315[11].

De manera que Egeria, aunque mujer instruida, no hace alarde de sus conocimientos y se decanta por un lenguaje sencillo, casi pobre, el latín que se hablaba entonces en la calle: el *sermo cotidianus*. Hasta le han contabilizado las distintas voces que aparecen en su escrito: mil doscientas sesenta y siete exactamente, es decir, un vocabulario más bien modesto. Esa austeridad de medios no empaña, sino que realza su estilo: un estilo coloquial, directo, cercano. A veces repetitivo, atropellado: ocurre cuando se enardece describiendo el encuentro emotivo con su vieja amiga Marthana, o ensalzando las virtudes de algún santo varón; se le va el santo al cielo —nunca mejor dicho—, pierde el hilo de lo

que iba diciendo y se repite, se atropella, se extravía. Algunas versiones corrigen ese «defectillo»; por el contrario, yo he querido respetarlo en mi traducción, pues pienso que en ese atropello coloquial reside parte del encanto de Egeria.

Buena prueba de que es mujer culta, a pesar del lenguaje llano, la tenemos en el sentido crítico de que siempre hace gala. Es una persona increíblemente ávida de ver y de aprender, sinceramente abierta a todo y curiosa de todo. Pero no se cree bobaliconamente cualquier cosa que le digan; cuando el obispo de Segor le indica el lugar donde supuestamente se encontraba la estatua de sal en que habría quedado convertida la mujer de Lot, Egeria escribe después, un tanto maliciosamente, a sus amigas: «Pero creedme, venerables señoras (…) cuando nosotros inspeccionamos aquel paraje, no vimos la estatua por ninguna parte, no puedo engañaros al respecto».

En suma, no es exagerado afirmar que la mujer de carne y hueso que se vislumbra en las líneas del *Itinerarium* resulta tan seductora como su obra. Es un personaje increíblemente cercano, a pesar de la distancia de siglos, una figura cálida y humana, sin duda una mujer excepcional.

UN CÓDICE Y UN VIAJE

El códice que contiene el viaje de Egeria fue copiado en el siglo XI, en la abadía de Montecasino. En 1070, León de Ostia, bibliotecario del monasterio, menciona las obras de San Hilario contenidas en ese códice, y ese mismo año Pedro Diácono, sucesor de León como bibliotecario, utiliza el relato de Egeria para redactar él por su cuenta un *Itinerarium de locis sanctis,* donde transcribe algunos trozos de aquél. En 1532 aún se menciona dicho códice en el catálogo de la biblioteca, aludiendo a los escritos de Hilario y de la *abbatissa*. En 1788, el códice se hallaba en Arezzo, en el monasterio de las santas Flora y Lucila; debió de ser Ambrosio Rastrellini quien lo llevara consigo al ser nombra-

do abad del monasterio de Arezzo, filial del de Montecasino. Suprimido por Napoleón el monasterio aretino en 1810, el códice fue a parar a la Confraternità dei Laici de la misma ciudad. Actualmente se encuentra en el museo de Arezzo[12].

Ahora sabemos de la existencia de otros códices o manuscritos del viaje de Egeria. Pero lo cierto es que, aparte de las hojas antes citadas halladas por De Bruyne, solo ha llegado a nuestras manos este único e incompleto ejemplar. El códice aretino está escrito en pergamino, con letra de la escuela longobardo casinense, llamada también beneventana. Mide doscientos sesenta y dos por ciento setenta y un milímetros y contiene treinta y siete hojas. Consta de dos partes: la primera (quince hojas) contiene el *Tractatus de mysteriis* y los *Hymni* de San Hilario de Poitiers; la segunda parte (veintidós hojas), contiene el *Itinerarium* de Egeria. Esta parte se halla incompleta: falta mucho del principio y algo del final.

El escrito de Egeria se divide netamente en dos partes diferentes: la primera es una especie de cuaderno de bitácora, donde Egeria describe sus desplazamientos a partir de la llegada al Sinaí —falta el arranque, los primeros desplazamientos—; la segunda parte es de talante muy distinto y consiste en una descripción detallada de la liturgia en Jerusalén, tal y como Egeria pudo contemplar y vivir.

No sabemos si en la parte inicial (perdida) figuraba algún título o encabezamiento. Los primeros editores del viaje de Egeria lo llamaron *Peregrinatio*. Actualmente, se prefiere el título de *Itinerarium*. No es una cuestión demasiado relevante. Sí tiene en cambio importancia asignar una fecha verosímil a ese escrito que nos ha llegado en una copia medieval.

La crítica interna del texto de Egeria es la que proporciona las pistas más sólidas para datarlo. A su regreso, Egeria decide visitar algunos lugares de la Mesopotamia romana; concretamente, vi-

sita Batanis, Edesa y Harán. Según anota, los obispos de esas tres ciudades eran monjes y «confesores» —es decir, que habían tenido problemas por su fe—. Se ha podido identificar a esos obispos, desterrados por el emperador Valente, y algunas fechas relacionadas con ellos. Un verdadero rompecabezas para encajar fechas, duración de los desplazamientos y estadías, y coincidencia con el período en que estos obispos estaban al frente de sus diócesis, lleva a la conclusión de que Egeria realiza su viaje entre los años 381 a 384, emprendiendo en esta última fecha el tornaviaje. Con esa datación, todas las piezas encajan.

Aunque el texto se halle incompleto, podemos reconstruir la totalidad del periplo valiéndonos de fuentes externas, como la propia infraestructura vial del imperio, otros viajes documentados de la misma época, o la carta de Valerio.

Lo que falta al comienzo: Egeria parte de algún punto de la *provincia Gallaecia*, donde deja a sus amigas, seguramente con la promesa de remitirles por carta una relación de cuanto descubra. Siguiendo la «Vía Domitia», atraviesa la región francesa de Aquitania y cruza el Ródano, río que le impresionará por su ímpetu, como luego recordará al avistar el Éufrates. La «Vía Domitia» aparece detallada en el *Itinerarium a Burdigala Hyerusalem usque,* o «Peregrino de Burdeos», una especie de kilometraje que consigna con escueta precisión las etapas o jornadas de una peregrinación desde Burdeos a Jerusalén; ese documento se ha venido a fechar en el año 333, y sería una de las fuentes o *mapas* más antiguos, junto a otros como el *Itinerario de Antonino*, la *Tabula Peutingeriana* o las *Tablas de barro* de Astorga[13].

Siguiendo ese camino estándar, llega a Constantinopla por vía marítima. De allí a Jerusalén sigue la vía militar que surcaba Bitinia, Galacia y Capadocia, en la actual Turquía; esa es la ruta que siguió también, según sus propias palabras, al regreso. Entre Capadocia y Cilicia, Egeria atraviesa el macizo del Tauro para llegar a Tarso. Desde Tarso, el camino conducía sin dificultad hasta

Antioquía (actual Antakya turca), y desde allí una vía marítima llevaba a Sycamina (la actual Haifa), donde Egeria (según Valerio) habría visitado los lugares consagrados a Elías en el monte Carmelo. Desde Sycamina sigue por el litoral hasta Dióspolis (Lod), y por Nicópolis (Emaús) llegará a Jerusalén.

Era la Pascua del año 381. Se quedará en Jerusalén tres años, hasta la Pascua del 384. Pero no anclada en la ciudad, sino abandonándola intermitentemente para realizar frecuentes excursiones que la mantendrán en ruta meses enteros.

La visita a Egipto era obligada, y más para ella, interesada por conocer de cerca la vida de los anacoretas que empezaban a pulular en sus desiertos. Desde Jerusalén, el camino que solían seguir los devotos descendía hacia el sudoeste, atravesaba Tafnis, proseguía por Hierópolis y Menfis y luego, doblando hacia el sur, alcanzaba la Tebaida, región trufada de cuevas y ermitas de anacoretas. Puede que también visitara Egeria en esta ocasión Alejandría.

Una segunda excursión obligada desde Jerusalén debió de llevarla, posiblemente en el primer semestre del 383, a Samaria y Galilea. En aquella ocasión habría visitado los lugares consagrados a Job en Siquem, así como el Tabor, Nazaret y la ribera del lago Tiberíades. En Judea, había lugares obligados para el peregrino: Belén, Hebrón, Betsús, Mamré…

Hasta aquí, los recorridos que supuestamente quedarían descritos en la parte inicial y perdida del códice. El texto que nos ha llegado comienza con una excursión al Sinaí, subiendo al Monte de Dios (el Yébel Musa, o «montaña de Moisés»); al Horeb, recorriendo el valle de el-Ráha, Farán, Clysma, la ciudad llamada Arabia, y regresando a Jerusalén por la región de Gessén.

Una nueva excursión, cruzando el Jordán, la lleva por las gargantas de Ayin Musa («fuentes de Moisés») hasta la cima del monte Nebo y otros parajes bíblicos.

Regresa a Jerusalén un par de semanas antes de la Pascua, que en el 384 caía a finales de marzo. Pasadas las celebraciones pascuales, Egeria abandona definitivamente Jerusalén e inicia el regreso, dando una suerte de rodeo por la provincia más oriental del Imperio, Mesopotamia. Se dirige hacia el norte para alcanzar Edesa, ciudad marcada por la leyenda de la supuesta correspondencia entre el rey Abgar y Jesús —por cierto, al parecer Egeria tenía en su patria una copia de esas cartas— y por el *martyrium* de santo Tomás.

Desde allí, a finales de abril, pasó a Harán o Charrán, desde donde, no pudiendo seguir las huellas de Abraham, puesto que los persas ocupaban la Siria oriental, se encamina a Antioquía y desde allí vuelve a Constantinopla, pasando por el camino ya conocido de Cilicia (Tarso), Capadocia, Galacia, Bitinia y Calcedonia. De camino, se desvía a visitar los *martyria* más venerados de su tiempo, como el de Santa Tecla, en Seleucia de Isauria, a tres jornadas de Tarso. Allí se lleva la alegría inmensa de encontrar a una antigua amiga, la diaconisa Marthana.

En Constantinopla no pensaba quedarse mucho tiempo. Parece que tampoco tenía muchas ganas de regresar de inmediato a casa. En las postreras líneas de su relato, como pensando en voz alta, todavía esboza planes para emprender nuevos garbeos por Asia Menor y visitar otros *martyria,* como el sepulcro del apóstol Juan, en Éfeso —no dice nada, por cierto, de que estuviera allí la casa o el sepulcro de María, la madre de Jesús[14]. Promete seguir enviando noticias, caso de llevar a término sus propósitos, y pide a sus amigas que no la olviden; al apostillar «esté viva o muerta», tal vez nos da a entender que sentía flaquear sus fuerzas. Ahí acaba el relato viajero. No sabemos cuándo ni cómo volvió a casa. Ni siquiera sabemos si volvió, y es probable que nunca lo sepamos.

Donde acaban los viajes y excursiones comienza, en la misma página del códice, la segunda parte del relato de Egeria: una des-

cripción detallada de la liturgia de Jerusalén.

El tono y el contenido cambian radicalmente. Ya no estamos ante un diario de viaje, sino frente a una relación minuciosa, con aires casi de tratado, y donde desaparece la primera persona en la narración. Esta segunda parte es un verdadero tesoro para los historiadores y estudiosos de la liturgia. Pero no tendría cómoda cabida entre libros de viajes. Por eso hemos decidido no incluir su traducción en la presente edición.

Lo que Egeria describe con avidez en esa segunda parte son los usos litúrgicos en la ciudad santa durante esos últimos años del siglo cuarto. Repasa los oficios y celebraciones a lo largo de la semana, hasta desembocar en la fiesta dominical. Luego se ocupa de los ciclos y festividades a lo largo del año litúrgico: la Epifanía, la Cuaresma y sus ayunos, el «sábado de Lázaro»… para explayarse con todo lujo de detalles en la Semana Mayor o Semana Santa y los ritos celebrados en cada uno de sus días. El colofón es, naturalmente, las fiestas de la Pascua, la Ascensión y Pentecostés. Finalmente se detiene Egeria en todo lo relacionado con el bautismo y su catequesis previa, así como en la llamada fiesta de las Encenias[15].

Incluso en esta parte informativa, casi didáctica, surge de pronto, en el punto más inesperado, la chispa del talante observador y crítico de Egeria. Y lo que estaba siendo una árida descripción se convierte de pronto en jugosa anécdota. Baste, como muestra, un botón: la ceremonia de adoración del *Lignum Crucis* en el Gólgota, al aire libre, el día de viernes santo. Egeria cuenta cómo el obispo se sienta en su silla y ante él colocan una mesa cubierta por un mantel de altar, a la cual rodean diáconos fornidos; sobre la mesa se deposita el relicario de plata con el madero de la cruz, y el pueblo desfila ante la mesa para venerar y besar la santa reliquia. Y cuenta textualmente Egeria: «El obispo, sentado, oprime con sus manos el sagrado madero, mientras que los diáconos situados alrededor lo vigilan. Y lo custodian de esta

manera porque cuentan que, en cierta ocasión, alguien clavó los dientes y robó una astilla de la santa reliquia. Por eso ahora los diáconos la vigilan, no sea que alguno al pasar se atreva a hacer lo mismo».

LECTURAS VARIAS DE UN LIBRO ÚNICO

El libro de Egeria admite ser auscultado y aprovechado desde perspectivas diversas. En él han indagado y rastreado sus particulares intereses historiadores, geógrafos, filólogos, liturgistas… Incluso desde el punto de vista turístico o viajero ofrece notable interés.

Para los filólogos es una verdadera joya. El texto de Egeria es obligado en las universidades que cuentan con departamentos de filología clásica. Escrito en el latín vulgar que se hablaba a finales del siglo IV, aquel *sermo cotidianus* que se adaptaba al acento de cada rincón de tan extenso Imperio, el texto de Egeria está lleno de modismos. Precisamente en base a esos giros peculiares, los primeros investigadores trataron de cifrar la patria de la autora del escrito. Se quiso detectar en el texto un origen francés, e incluso italiano; por supuesto, también abundan los que podríamos llamar «hispanismos».

No vamos a insistir mucho en el asunto. Los estudiosos interesados por el tema lo han abordado cumplidamente[16]. Hasta el más lego de los lectores podrá advertir por cuenta propia algunos de estos giros que «suenan» a castellano —*subitur* «se sube»; *ad momentum* «al momento»; *ubi stabamus* «donde estábamos»—, incluso a galaico —*a pisinno* «desde pequeño»—.

Pero, insistimos, estos giros no brindan una base definitiva para situar a la autora en una u otra área lingüística. Pues ocurre que el latín de aquellos días, en un imperio común tan variopinto y efervescente, poseía una organicidad y una vitalidad todavía sin fronteras; flotaban, por así decir, por todas sus provincias ex-

presiones de un tardo latín agónico que más tarde cristalizarían en diferentes lenguas romances.

Aparte de la cuestión de los modismos, el lenguaje de Egeria está lleno de interés para los especialistas: es un latín fresco, directo, aparentemente rudimentario y olvidadizo de su rica tradición normativa. Una autoridad en la materia, J. Campos —ver bibliografía—, zanja muy bien la cuestión subrayando el aspecto de fondo: «El uso e inercia del lenguaje vulgar que tiende a la nivelación de formas y funciones sintácticas, por la ley del menor esfuerzo y por el arrastre analógico, solo se fijaba y se fija en la mayor expresividad espontánea de sus sentimientos e ideas». Esta última apreciación da pie a otra consideración que me parece más incitante que el análisis filológico: la lectura del texto de Egeria desde una vertiente genuinamente literaria.

¿Se puede considerar el libro de Egeria como una obra literaria? Que nadie se rasgue las vestiduras: por supuesto que la autora solo pretendía la edificación piadosa de sus amigas, y nada más. Pero acaba siendo una escritora *malgré elle*. Y su libro resulta uno de los pioneros de un género literario que posteriormente se revelaría enormemente fecundo.

Para empezar, elige el vehículo epistolar como armazón para montar su relato. Por las alocuciones que de tarde en tarde animan su escritura —y dado que nos falta el encabezamiento, que podría ser más elocuente— vemos que se trata de cartas posiblemente redactadas después de cada vivencia, con sus cortes y cambios de ritmo, luego hilvanadas, que dirige a las *dominae et sorores* que quedaron en la patria. La excusa de tener que «ver por ellas», fijarse bien en todo para después contárselo, proporciona la carnadura del género.

Se puede decir que el género epistolar cuenta con especial fortuna en la literatura, también en la viajera. Junto con el «diario de viaje», el género epistolar ha sido un embrión más del relato

abierto de aventuras o viajes; como si en sus balbuceos el género necesitase una excusa —*cartas* remitidas a un destinatario, *diario* remitido a la propia memoria para engolfarse en describir paisajes, ciudades o personas sin tener que contar exactamente una historia. Escritores insignes como Flaubert entraron en el clasicismo viajero por el portillo del género epistolar.

Para no aburrir con el tema, añadamos simplemente que Egeria parece ser consciente de estar usando un molde, un esquema del que se sirve a modo. Cuando la acción no reviste mayor importancia, se acoge a muletillas que le permiten salir del paso sin más —«hicimos una oración, se leyó el pasaje correspondiente de las escrituras», etc.—. Pero cuando le interesa de verdad el tema, no le importa hinchar el esquema, llegando incluso a descompensar el ritmo y la densidad del relato —por ejemplo, la morosidad con que se detiene a desmenuzar lo de Edesa, que seguramente le parecía más novedoso y «exótico» para sus amigas, e incluso para ella misma—.

En cualquier caso, la escritura es para Egeria un mero instrumento. Por eso ha optado por un latín vulgar, ella, sin duda una mujer cultivada. Por eso no le importa despacharse con meras fórmulas, o entretenerse de manera desproporcionada en un determinado pasaje. Eso es precisamente lo que seduce de su estilo, lo que le confiere una categoría literaria a pesar de las palabras. La palabra de Egeria puede ser llana y vulgar, excesivamente coloquial, candorosa, pobre si se quiere —qué distinto su latín macarrónico de las rimbombantes petulancias del latín de Valerio —. Puede que a veces se repita, se atropelle, pierda el hilo de lo que estaba diciendo. Pero ni el estilo ni las palabras pueden con la verdad literaria, con la fuerza interior de su escritura. Se puede afirmar que por su lozanía y vigor intrínsecos el texto de Egeria constituye una jugosa pieza literaria.

Hay otros puntos de vista desde los que abordar el texto de Egeria. Sus descripciones, sobre todo en la segunda parte, son

una cantera proficua para historiadores, para geógrafos, para músicos, para liturgistas. Sobre todo para estos últimos, se trata de un verdadero monumento. Autores como Dom Leclercq y Dom Chabrol han sabido sacar partido. Pero no era el propósito de Egeria redactar un tratado sobre nada: ella solo escribe unas palabras edificantes. Y nos deja a veces con sabor a poco. Nos hubiera gustado, por ejemplo, que hubiera descrito la ciudad de Jerusalén que ella pateó, sus construcciones y monumentos, sus calles, su ambiente. Pero eso no le interesaba mucho a ella, ni a sus devotas amigas. Les importaba más el ritual, los objetos y gestos que tuvieran relación con su fe y que pudieran alimentar su piedad. Y en ese caso no racanea su atención, procura dar pelos y señales. Hasta el punto de llegar a enriquecer, posiblemente, su escritura con algún dibujito descriptivo. Ella, que no se molesta en dar una pincelada somera de Jerusalén como ciudad, se entretiene en garrapatear una humilde iglesuca en el margen de su manuscrito, solo para que sus hermanas puedan hacerse una más cabal idea —a falta del tardío invento de las postales—. Al menos eso parece desprenderse del propio texto cuando, al referirse por ejemplo al lugar donde fue hallado el sepulcro de Job, dice que «ha sido edificada esta iglesia que veis» *(facta est ista ecclesia quam videtis)*. Solo cobra sentido la frase si al margen del texto, o intercalado, se ha incluido un sencillo alzado o boceto para paliar con la imagen los límites de la palabra.

TURISMO PIONERO

No podemos evaluar las cualidades de Egeria como dibujante; la copia medieval de su manuscrito solo permite aventurar esa faceta. Pero lo que sí nos permite Egeria es formarnos una idea bastante cabal de cómo se podía viajar en aquellas postrimerías del siglo IV. Luis Lavaur, en su *Historia mundial del Turismo*, sitúa el caso de Egeria justamente como gozne entre los frívolos desplazamientos de la aristocracia imperial y una nueva forma de

viajar que marcará los incipientes tiempos medievales: la *peregrinatio* cristiana.

Había sido santa Helena, la madre del emperador Constantino, la que había sentado las bases al desenterrar, en el año 326, lo que se consideró la *Vera Cruz*, el madero mismo de la Pasión de Jesús, en la cripta de un templo romano erigido a Venus por Adriano, en las cercanías del lugar que la tradición fijaba como escenario de la Crucifixión. Tras esta afortunada (u oportuna) *invención* de la Santa Cruz, la ciudad abandonó su nombre reciente de *Aelia Capitolina* y retomó el de *Hyerosolim*. Los sillares de los templos paganos se aprovecharon para las obras constantinianas en el Santo Sepulcro y otros santuarios, que se convirtieron a partir de entonces en meta de peregrinos. Estos pronto llegarían en tropel desde todos los rincones del Imperio. Tantos y tan variopintos que algunos Santos Padres más cascarrabias llegaron a quejarse de tanta y tan ruidosa afluencia.

Esta riada de devotos y *gyrovagui* (trotamundos) era posible entonces por dos cosas esenciales para viajar: la *pax romana* y la red de calzadas del Imperio. Aunque la olla imperial estaba en plena ebullición, a punto de explotar, la *disciplina romana* (autoridad de Roma) sujetaba la situación incluso en los bordes o límites más remotos. En aquellos confines con el mundo «bárbaro», una estratégica red de guarniciones militares *(castelli, castra)* proveía de soldados para escoltar los desplazamientos por los *loca suspecta* (lugares peligrosos), acechados por tribus nómadas.

Y junto a la seguridad garantizada, la red viaria: una tupida urdimbre de calzadas, orgánicamente jerarquizadas, constituía lo que entonces se llamaba *cursus publicus* o *ager publicus,* es decir, la red de vías (unos ochenta mil kilómetros) que seguían las legiones, las postas y algunos comerciantes. Ese «mapa de carreteras» del siglo IV se ha podido fijar con cierto detalle gracias a documentos como los ya indicados *Itinerario de Antonino*, la *Tabula Peutingeriana* y otros. Como dato significativo, hay que señalar

que esos mapas primerizos fueron confeccionados, no para información o ayuda a viajeros y aventureros, sino ¡con fines recaudatorios!, ya entonces.

Para viajar por dicho *cursus publicus* —δια δημοσιου σχηματος, para los ciudadanos orientales—, era preciso disponer de un *diploma,* salvoconducto o pasaporte, que se facilitaba a los hombres de estado, pero también a veces a particulares. Es probable que Egeria dispusiera de un *diploma* semejante, lo que explicaría su facilidad de movimientos, la pronta acogida por parte de las autoridades religiosas, la escolta de soldados en las regiones amenazadas, etc.

El viajero se desplazaba por esa red jalonada de *mutationes,* simples ventas o puestos de refresco para cambiar de caballerías, distantes entre sí unas ocho millas, y de *mansiones,* o casas de postas que marcaban las etapas del viaje. Entre una *mansio* y otra existía la distancia que se podía buenamente recorrer en una jornada, con lo que el cómputo viajero se hacía por *mansiones*, o sea, por jornadas. La propia Egeria nos indica que, de tal a cual lugar, hay tantas *mansiones,* o que en tal punto *fecimus ibi mansionem* (hicimos allí parada). De modo que el término *mansiones* unas veces se refiere a «jornadas» o tramos temporales y otras a las propias casas o postas donde se pernocta; lo que en las rutas del desierto se llama un caravasar.

En las *mansiones,* aparte de comida y lecho, se facilitaba el cambio de *animalia,* generalmente caballos ensillados (*sella*), aunque algunas etapas montuosas las tuvo que hacer Egeria a grupa de asno e incluso a pie, y otros tramos desérticos, a lomos de camello, maravillándose, por cierto, de que esos bichos supieran orientarse de noche, y seguir su senda sin extraviarse por las soledades apagadas del desierto.

Para los peregrinos cristianos, como Egeria, el resto se completaba con la hospitalidad de los obispos y sacerdotes en las ciu-

dades y, en el desierto o en despoblado, de los monjes y ascetas que habitaban los *monasteria* —no exactamente «monasterios», en sentido actual, como antes apuntamos, sino más bien eremitorios o ermitas, cuevas incluso, aunque a veces se diese ya un embrión de vida en común—. Estos *monasteria* solían agruparse en torno a lugares santos, de tradición bíblica, o bien en torno a algún *martyrium* o sepulcro de un apóstol o santo. A veces, incluso, cerca de las iglesias y de los *martyria* se levantaba un *xenodochium* u hospedería para peregrinos. Sabemos con certeza de la hospedería abierta por San Jerónimo en Belén, y de una anterior dispuesta probablemente por santa Helena —Egeria se habría alojado en esa hospedería en enero del 382, algunos años antes de que Jerónimo y Paula abriesen la suya—.

La *hospitalidad* que en todo el área mediterránea, y desde edades remotas, alcanzó la sustancia de un rito, aparece convenientemente adaptada y remozada en el incipiente mundo cristiano. En la *Odisea* de Homero los ritos de la hospitalidad aparecen como un deber; el pobre y el «suplicante» disfrutan de un cierto estatuto —«porque de Zeus son los pobres»— y solo *después* de haber dado de comer y de beber al viajero se le preguntará quién es y adónde va. Aún hoy día, esa hospitalidad ritual no ha sido erosionada por completo en parte del mundo mediterráneo.

Los deberes de la hospitalidad para con sus hermanos peregrinos tenían especial apremio entre los ascetas de los *monasteria*. Se sale al encuentro del huésped, se le da un ósculo de paz, se le lavan los pies y se le ofrece alojamiento y comida. Para ello, muchos de aquellos religiosos cultivaban un pequeño huerto y algunos, incluso, llegaron a poseer entre sus nulos enseres nada menos que ¡una manta!, destinada en teoría a los huéspedes —hecho este que hacía «enrojecer de vergüenza» y poner el grito en el cielo a un tal presbítero Juan[17]—. Impulsados por esos deberes de hospitalidad, los obispos y presbíteros, o incluso los monjes, que salen al encuentro de Egeria, se brindan a acompañarla

mientras esté en su territorio, y a servirle de guía o cicerone por aquellos parajes que ellos conocen bien.

Como se puede apreciar, la conducta y tics de los *turistas* no han variado mucho desde el siglo IV hasta nuestros días. No solo se hace acompañar esta viajera ilustrada de guías «profesionales», al menos en términos de cualificación. Ya antes de iniciar el viaje ha leído y se ha documentado sobre lo que va a visitar, y en el momento mismo de la visita, abre un libro y procede a una lectura que, no por piadosa deja de ser ilustrativa. Podemos aventurar cuáles serían algunas de aquellas «guías» que Egeria acarrearía en su equipaje: alguna versión de la *Vetus latina*, como ya dijimos, y puede que otras obras como el *Onomasticon,* la *Historia eclesiástica* y la *Vida de Constantino,* escritas todas ellas por Eusebio de Cesarea, y seguramente algún escrito sobre la vida de los monjes, como el dedicado por Atanasio a San Antonio.

Para colmar el paralelismo entre el pasado y el presente, algo que no puede faltar en el tráfago turístico de cualquier época: los recuerdos del viaje. Muchos siglos antes de que se pusiera nombre francés a los *souvenirs,* los peregrinos como Egeria recibían de los obispos o monjes de cada sitio unas *eulogias* o presentes, como recuerdo del lugar y del viaje. Estas *eulogias* o regalos, ofrecidos en el momento de partir, consistían generalmente en algún fruto del lugar, algún dulce, una ampolla de aceite de la lámpara sagrada… Era, en todo caso, una práctica muy extendida, obligada por los dictados de la hospitalidad. Como se ve, puede que el mundo haya cambiado mucho desde entonces. Las manías de los hombres, no tanto.

LA PRESENTE VERSIÓN

El primero en editar el texto de Egeria fue su descubridor, Gamurrini, tras estudiarlo durante tres años, es decir, en 1887; una nueva edición corregida apareció al año siguiente. Pronto siguieron otras ediciones críticas del texto latino: la de Pomialo-

wsky (1889, con traducción rusa), Bernard (1891, con traducción inglesa), Geyer (1898), las de Heraeus (cuatro sucesivas y una quinta, en 1960, cuidada por Otto Prinz), la de Franceschini y Weber (la mejor y más completa, 1940).

El viaje de Egeria ha sido traducido a las principales lenguas de nuestro entorno —hay versiones en francés, inglés, alemán, italiano, ruso, griego, español…—. En España, aunque no haya transcendido mucho al gran público, este que al principio calificábamos como, posiblemente, el primer libro español de viajes, para los eruditos y departamentos de filología latina no era desconocido.

La primera traducción española de que tenemos noticia es la de Pascual Galindo Romero (Zaragoza, 1924), prácticamente inaccesible. En 1935, un monje de Silos, Bruno Ávila, preparó una nueva versión. Aún se hizo alguna versión más (Juan Monteverde en Buenos Aires, 1955, reeditada en facsímil en Valladolid, 2010; V. J. Herrero en Madrid, 1963). Pero la primera edición crítica completa, con el texto latino, la traducción y amplio estudio se la debemos al padre Agustín Arce, un franciscano que vivió más de medio siglo en los mismos escenarios recorridos por Egeria; su obra es exhaustiva en muchos aspectos, aunque eso mismo hace que no sea fácilmente manejable por un público no especializado (ver bibliografía).

Pensando precisamente en ese público no erudito, en el lector corriente, me he atrevido a preparar la presente edición. Es una versión dirigida a todos los públicos, por recurrir a una muletilla de sabor cinéfilo; mirando con especial fijación a los amantes del género de viajes y aventuras. El relato de esta española trotamundos del siglo IV era un dije insoslayable en una colección de clásicos viajeros.

Pese a no ser una versión para eruditos, creo que es rigurosa. He tenido delante el texto latino fijado por Franceschini y We-

ber para el *Corpus Christianorum* (editorial Brepols, Turnhout 1965), que es el que adopta Arce en su edición, y también el fijado por Geyer para el *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum* (Viena, 1898), que es el que sigue Helène Pétré —su traducción francesa me parece un buen modelo de cómo conjugar la exigencia científica con el acercamiento al lector—. Las variantes de texto han sido estudiadas y sopesadas en cada caso, optando por una solución que se brinda al lector sin hacer causa de ello, excepto en algún caso extremo.

No creo, sin embargo, que mi traducción sea en absoluto una versión libre: es una traducción literal, celosamente ceñida al texto latino. La única licencia que me he permitido es «hinchar» en lo posible la riqueza léxica del texto, escogiendo variados sinónimos para palabras repetidas con excesiva reiteración por Egeria. Puede que en esto sí que haya traicionado a su lenguaje llano y coloquial.

Con ese pequeño ardid léxico creo haber conseguido un texto claro, legible con fluidez. Pero, insisto, ceñido de manera obsesiva a las palabras y giros del texto latino; respetando los atropellos coloquiales, las disquisiciones y lapsus de Egeria; huyendo en lo posible de las perífrasis que a veces podrían antojársenos útiles para verter una lengua muerta y lapidaria como el latín a nuestro lenguaje de hoy. En muy contadas excepciones aparece en mi versión un solo vocablo que no esté estrictamente en el original latino —por ejemplo, he traducido *vitulus,* «becerro», por «becerro de oro»; *sancti,* «santos», por «santos varones», etc. —; en esos contados casos me ha preocupado más el fondo que la forma. Como norma general, y en las anotaciones, me ha interesado más la comprensión por parte del lector que distraerle con explicaciones críticas y formales no siempre relevantes.

El aparato crítico de la presente versión se reduce, pues, a las consideraciones generales de la introducción y notas a pie de página. Estas últimas hubieran podido multiplicarse de manera pas-

mosa, tanto por las variantes —y eso que solo existe un códice a descifrar— como por las posibles referencias bíblicas, históricas, geográficas, etc. Pero solo encontrará el lector las indispensables para orientarse de manera general (horarios o medidas, por ejemplo), o en cuanto a coordenadas bíblicas e históricas, o incluso para introducir alguna consideración oportuna para la comprensión global del texto.

Una última indicación sobre la presente edición. Solo se incluye, como aclaré, la primera parte del texto de Egeria, lo que podría considerarse como el diario de viaje; de la segunda parte, la descripción de la liturgia en Jerusalén, se da cuenta somera en esta introducción.

He entresacado unos ladillos o titulares para facilitar y hacer más atractiva la lectura; naturalmente, esos subtítulos no aparecen en el texto latino. Tampoco existe en el original latino la distribución del texto en diferentes párrafos; estos bloques o cortes con punto y aparte no son gratuitos, obedecen a cierta lógica del discurso. Pero hay que tener presente que en los códices medievales el texto se arrastra de margen a margen, renglón tras renglón, sin intersticio ni respiro —la imagen de «ladrillo» resulta en estos casos bastante exacta, que los pacientes copistas nos perdonen—.

Siguiendo ese mismo espíritu de modernizar en lo posible, aunque sin traicionar un ápice las palabras, me ha parecido conveniente aislar algunos diálogos y entresacarlos del texto con una puntuación actual. Creo que eso contribuye a la fluidez del relato. Las notas a pie de página son, como he dicho, las sensatamente necesarias para un lector interesado, pero no ocupado precisamente en una tesina sobre filología latina o geografía bíblica…

Me ha parecido oportuno incluir un par de textos complementarios, difíciles de encontrar para un lector corriente. Se tra-

ta de la supuesta correspondencia entre el rey Abgar y Jesús, un tema que Egeria toca con ostensible curiosidad e interés. Y de la dichosa carta de Valerio a los monjes del Bierzo, una exaltada perorata en un latín pomposo que al menos sirvió para encajar la autoría del manuscrito y recomponer la parte perdida del itinerario.

La bibliografía se ha reducido aquí a los trabajos que puedan resultar más útiles al lector no especializado. Se incluyen algunos libros recientes que tocan el tema solo de manera tangencial, pero más accesibles que las ediciones críticas.

Estas pequeñas argucias para aproximar al lector actual un texto latino del siglo IV creo que están justificadas por la relevancia del libro y también, como comencé diciendo, por la humanidad y calidad de su autora: Egeria, la dama peregrina que escribió el primer libro español de viajes.

MADRID, PASCUA DE 1994

REVISADO EN MADRID, MARZO DE 2017

VIAJE DE EGERIA

LLEGADA AL SINAÍ

[…] Reanudando nuestra expedición, llegamos a un paraje en el que las montañas por entre las cuales discurríamos se abrían y configuraban un valle dilatado, completamente alisado y sumamente placentero. Al fondo de la vaguada se erguía el monte santo de Dios, el Sinaí. El lugar donde los montes se apartaban se halla contiguo al enclave en que se encuentran las «Tumbas de la Concupiscencia»[18]. Cuando se llega a este punto, es costumbre, según nos previnieron los venerables guías que nos acompañaban, que quienes lo alcanzan, y divisan desde allí por vez primera el monte santo de Dios, se recojan en oración. Eso es lo que nosotros hicimos. Habría desde este lugar hasta el monte de Dios unas cuatro millas, pues ya dije que se trata de un valle espacioso.

Es, en efecto, una inmensa vaguada que se ciñe al piedemonte y que puede tener —según pudimos estimar a simple vista y por lo que nos decían— unos dieciséis mil pasos de longitud por unos cuatro mil de anchura, según calculaban. Teníamos que atravesar el valle antes de poder iniciar el ascenso al monte. En esta depresión amplia y lisa fue donde acamparon los hijos de Israel durante aquel tiempo en que el santo Moisés subió a la montaña del Señor, permaneciendo en ella por espacio de cuarenta días y cuarenta noches. Es este también el valle donde se fabricó el becerro de oro; hoy día se sigue mostrando ese lugar exacto, ya que se conserva hincada en dicho punto una enorme roca.

Y se trata asimismo del valle a cuya entrada se encuentra el lugar en el que Dios habló repetidas veces, desde la zarza ardiendo, al santo Moisés, mientras este apacentaba los rebaños de su sue-

gro. Como el mejor itinerario a seguir parecía ascender a lo que se ve desde esta parte de la montaña de Dios, ya que bordeando por donde veníamos teníamos la mejor subida, y luego desde allí descender de nuevo a la cabecera del valle, es decir, adonde se encontraba la zarza, pues por allí era por donde mejor se podía bajar del monte de Dios, nos pareció el más conveniente el siguiente plan: después de ver todo cuanto deseáramos, descenderíamos de la montaña y nos llegaríamos hasta el lugar de la zarza, y desde allí, atravesando por medio de la hoya en toda su longitud, reemprenderíamos el camino con aquellos hombres de Dios que nos irían mostrando, a lo largo del valle, cada uno de los lugares mencionados por las Escrituras.

Y así es como hicimos. Alejándonos, pues, del punto en que, procedentes de Farán, nos habíamos detenido a hacer oración, nuestros pasos se adentraron a través de la cabecera del valle, acercándonos así al monte de Dios. La montaña, vista de lejos, parece ser una sola, pero una vez que te internas en ella, vas descubriendo cimas diversas, si bien es todo el conjunto lo que se llama Monte de Dios. Aunque de manera especial se llama así a un pico que se halla en medio de todos los demás y en cuya cúspide se encuentra el lugar exacto al que descendió la majestad de Dios, según rezan las Escrituras.

Aunque todos los promontorios que hay en derredor son tan elevados como yo no creo haber visto jamás, el que está en medio, y al cual descendió la majestad divina, es tan superior a todos los otros que, cuando alcanzamos su cima, todas aquellas montañas que nos habían parecido tan encumbradas se extendían ahora a nuestros pies como si se tratara de humildes collados.

Hay una cosa digna de admiración, que yo creo solo puede deberse a un prodigio divino, y es que ese monte que se encuentra en medio de los otros, y al que se llama Sinaí de manera singular, es decir, aquel sobre el cual descendió la majestad de Dios, ese monte, digo, no resulta sin embargo visible a menos que te

acerques hasta su mismo pie; eso, antes de ascenderlo. Una vez que, satisfechos tus deseos, desciendes de él, entonces y solo entonces puedes contemplarlo de frente, cosa que resulta imposible antes de escalarlo. Yo conocía ya esta particularidad antes de que llegáramos a la montaña del Señor, pues algunos hermanos me habían hablado de ello y, tras mi visita, pude comprobar que, efectivamente, así ocurría.

SUBIDA AL MONTE DE DIOS

Así pues, el sábado por la tarde nos adentramos en la zona montuosa y llegamos hasta algunos eremitorios donde los monjes que allí moraban nos acogieron de manera muy cordial, ofreciéndonos toda su hospitalidad; hay allí incluso una iglesia con un sacerdote[19]. Pernoctamos allí, y al despuntar la mañana del domingo comenzamos a escalar, una tras otra, las sucesivas cimas, acompañados por el propio sacerdote y los monjes que allí habitaban. Estas cimas solo se pueden conquistar a costa de ingentes esfuerzos, ya que no puedes ascender poco a poco y dando rodeos, en línea de caracol, como suele decirse, sino que tienes que subir directamente como por una pared, y descender igualmente en línea recta cada uno de aquellos montes antes de llegar al pie mismo de ese promontorio que se alza en medio de todos los demás y al que se llama Sinaí de manera singular.

De modo que, cumpliendo la voluntad de Cristo nuestro Señor, reconfortada con las preces de los santos hermanos que me acompañaban[20] proseguí adelante no sin grandes fatigas, ya que tenía que ascender a pie, pues no era posible continuar sobre la montura. Pero el cansancio apenas hacía mella en mí; y si no

acusaba la fatiga ello se debía, en buena medida, a que al fin veía cumplirse mi deseo, según la voluntad divina. De manera que, hacia la hora cuarta[21], ganamos la cumbre de aquella montaña santa de Dios, el Sinaí, donde fue dada la Ley, es decir, el lugar mismo al que descendió la majestad divina en aquel día en que el monte se cubrió de humo.

Ahora se alza en aquel paraje una iglesia de dimensiones modestas, ya que el propio enclave, es decir, la cúspide del monte, no es demasiado espaciosa; el templo, no obstante, posee en sí mismo una gran armonía[22]. Cuando, gracias a Dios, alcanzamos por fin la cumbre y nos aproximamos al umbral mismo de la iglesia, nos salió al encuentro un sacerdote que venía de su propia ermita y que estaba al servicio de dicho templo; un anciano venerable que había abrazado la vida monacal desde su primera edad, convertido en un «asceta» —como se dice por aquí—; en fin, qué os voy a contar, un hombre digno realmente de estar en semejante puesto.

También nos salieron al encuentro otros sacerdotes, así como todos los monjes que habitaban en las inmediaciones del monte, excepto, claro está, aquellos a quienes la frágil salud o la avanzada edad se lo impidieron. Pero en lo que es propiamente la cima de la montaña aquella que se alza en medio de las demás, no mora nadie. Nada hay allí aparte de la iglesia y la cueva en que se refugió el santo Moisés.

Tras haber leído, pues, en aquel preciso lugar todos los pasajes del libro de Moisés, hecha la oblación ritual[23] y después de haber comulgado, cuando salíamos ya de la iglesia, nos entregaron los presbíteros del lugar unas «eulogias» o presentes[24], concretamente unas frutas que se crían en el propio monte. Pues aunque la montaña santa del Sinaí es toda ella tan pedregosa que no crece en ella ni un arbusto, sin embargo más abajo, cerca del piedemonte tanto del pico que se alza señero como de los otros que lo circundan, hay algo de terreno aprovechable. De manera que los

venerables monjes se afanan en plantar arbolillos y huertos frutales, o sembrados, junto a sus eremitorios, con lo que consiguen recolectar algunos frutos de la tierra del propio monte, aunque son más bien el fruto de sus manos.

De modo que, tras haber comulgado y tras recibir los presentes que nos ofrecieron aquellos santos varones, al salir del atrio de la iglesia, comencé a rogarles que nos fueran enseñando uno por uno los lugares santos. Al punto se aprestaron aquellos hermanos a mostrarnos cada cosa. Nos hicieron ver la cueva que sirvió de refugio al santo Moisés al subir de nuevo a la montaña de Dios para recibir otra vez las tablas de la Ley, tras haber quebrado las anteriores a causa del desvarío de su pueblo; asimismo se dignaron mostrarnos todos los demás lugares, bien los que nosotros les solicitábamos o los que ellos conocían sobradamente.

EL HOREB

Quiero que sepáis una cosa, venerables señoras y amigas mías, y es que desde la cumbre de aquel promontorio que se alza en medio de los otros, veíamos tan por debajo de nuestros pies todos aquellos montes que tanto trabajo nos había costado escalar y que rodeaban a este pico central en el que nos encontrábamos que parecían desde aquí collados insignificantes, a pesar de ser tan excelsos como no creo haber visto jamás altura alguna, si no es este pico central que los supera a todos con creces. Egipto, Palestina, el mar Rojo, el mar Parténico[25] que lame las riberas de Alejandría, así como los confines dilatados de los sarracenos[26] se remansaban bajo nuestra mirada de manera apenas creíble. Y cada cosa, nos la iban indicando aquellos santos hermanos.

Satisfechos cumplidamente los deseos que nos habían empujado a subir, comenzamos ya a descender, dirigiéndonos desde la cima del monte del Señor que habíamos escalado hacia otro promontorio contiguo, que recibe el nombre de «en el Horeb»; hay en él una iglesia. Es este paraje aquel Horeb donde se refugió el profeta Elías cuando huía de la presencia del rey Acab; y el lugar donde le habló Dios diciendo: «¿Qué haces tú aquí, Elías?», según está escrito en los Libros de los Reinos[27].

Hoy día se muestra, ante el atrio de la iglesia que allí se levanta, la gruta que sirvió de guarida al santo Elías. También puede verse allí un altar de piedra que dispuso el propio Elías para hacer sus ofrendas a Dios, según nos iban mostrando aquellos solícitos y santos hermanos. También allí hicimos una oblación y una ferviente oración, leyendo el correspondiente pasaje del Libro de los Reinos. Pues ya me había ocupado yo, con toda solicitud, de que siempre, al llegar a un sitio, se leyera el pasaje correspondiente de las Escrituras.

De manera que, tras hacer también allí una oblación, nos llegamos hasta otro lugar no muy alejado y al que nos encaminaron los sacerdotes y monjes. Se trata del lugar en que permaneció Aarón junto con setenta ancianos cuando el santo Moisés recibió del Señor la Ley para los hijos de Israel. En aquel punto, aunque no existe un cobijo techado, lo que sí hay es una enorme roca circular, alisada en su faz superior. Allí es donde, según se dice, permanecieron en pie aquellos santos ancianos. Y existe en medio de ella una especie de altar fabricado con piedras. También allí se leyó el pasaje correspondiente del libro de Moisés y se recitó un salmo apropiado para la ocasión.

Una vez terminada la plegaria, comenzamos a descender. Empezaba a ser tal vez la hora octava[28] y aun nos quedaban tres millas para llegar hasta aquella parte de la montaña por la que habíamos penetrado en la tarde del día anterior. Pero no teníamos que salir a la parte misma por la que habíamos entrado, como ya

dije antes, ya que queríamos recorrer todos los lugares santos, ver cuantos eremitorios allí se encontrasen y salir así a la cabecera del valle a que antes me referí, es decir, a la vaguada que ciñe la montaña de Dios. De manera que teníamos que salir a la cabecera de aquel valle, ya que en ella se encontraban numerosas ermitas de santos varones, y se alzaba una iglesia sobre el lugar mismo de la zarza ardiente; este zarzal sigue floreciendo hoy en día y sigue echando brotes[29].

LA ZARZA DE MOISÉS

Una vez que hubimos bajado de la sacra cima, nos acercamos hasta la zarza hacia eso de la hora décima[30]. Esta es la zarza a la que antes me referí, desde la cual habló a Moisés el Señor envuelto en fuego, y que se encuentra en una explanada poblada por múltiples ermitas, y una iglesia en la cabecera de aquel valle. Delante de la iglesia se extiende un ameno jardín con agua abundante y excelente, hallándose la zarza dentro de dicho jardincillo. También se puede admirar, justo al lado, el lugar en que se encontraba el santo Moisés cuando el Señor le dijo: «Desata las correas de tu calzado», etc.

Cuando nos aproximamos a este último lugar era ya la hora décima, de modo que, al haber comenzado ya a caer la tarde, no pudimos hacer la oblación. Pero sí que hicimos una oración dentro de la iglesia y también en el jardín, junto a la zarza; asimismo, se leyó el pasaje correspondiente del libro de Moisés, tal como teníamos por costumbre.

De manera que, como estaba ya anocheciendo, apuramos un refrigerio en aquel reducto, dentro del jardincillo, frente a la

zarza, con aquellos santos hermanos. Y nos quedamos allí a pasar la noche. Al día siguiente, levantándonos muy de alborada, rogamos a los sacerdotes que hicieran también allí una oblación, cosa que efectivamente hicieron.

RECUERDOS BÍBLICOS

El itinerario que habíamos de seguir era atravesar aquel valle central que se extiende oblongo, es decir, la vaguada a que antes me referí y en la que acamparon los hijos de Israel mientras Moisés subía y bajaba por la montaña de Dios. Mientras íbamos atravesando aquel valle, siempre aquellos santos varones nos iban mostrando cosa por cosa. Ya al comienzo de la cabecera del valle, donde habíamos acampado y donde habíamos podido admirar la zarza desde la cual habló a Moisés el Señor envuelto en fuego, también habíamos podido contemplar el lugar exacto en que Moisés permaneció de pie frente a la zarza cuando le dijo Dios: «Desata las correas de tu calzado, pues el lugar que pisas es tierra sagrada».

Y lo mismo todos los demás sitios, cuando salimos de donde la zarza, nos los iban mostrando sin demora. Nos señalaron, por ejemplo, el lugar donde habían alzado sus campamentos los hijos de Israel durante aquellos días que Moisés permaneció en la montaña. Nos mostraron asimismo el punto exacto donde se fabricó el becerro de oro, señalado hoy en día por un ingente monolito hincado en el suelo. Por nuestra parte, según avanzábamos, íbamos contemplando de frente la cima de la montaña, que dominaba todo el valle y desde la cual el santo Moisés pudo con-

templar a los hijos de Israel entregados a la danza, en aquellos días en que habían fabricado el becerro.

Nos enseñaron asimismo una peña de notables proporciones en el lugar exacto al que descendía el santo Moisés con Jesús[31], hijo de Navé, roca contra la cual estrelló las tablas que traía, arrebatado por la ira. Nos fueron mostrando también cada uno de los habitáculos que habían ocupado a lo largo de la explanada, habitaciones cuyos cimientos pueden verse aún hoy día, en forma de círculos de mampostería. Nos señalaron también el paraje en que el santo Moisés, al regresar de la montaña, ordenó a los hijos de Israel que corrieran «de puerta en puerta».

Asimismo nos indicaron el lugar donde, por mandato del santo Moisés, fue fundido el becerro que les había fabricado Aarón. También nos mostraron el torrente donde Moisés hizo beber a los hijos de Israel, según aparece escrito en el Éxodo. También nos indicaron el lugar donde los setenta varones recibieron el espíritu de Moisés. Nos mostraron además el lugar donde los hijos de Israel se dejaron dominar por el ansia de comida. Y nos dijeron también un sitio que se llama «el incendio», pues allí se abrasó parte del campamento hasta que, gracias a las preces del santo Moisés, el fuego se contuvo.

También nos enseñaron el paraje en que les llovió el maná y las codornices[32]. Y de igual modo nos fueron mostrando cada una de las cosas que, según los libros santos, acaecieron a Moisés en aquel lugar, es decir, en aquella vaguada que se extiende al pie de la montaña de Dios, el sagrado Sinaí. Todas estas cosas que os he descrito pormenorizadamente deben ya de bastaros, pues no me sería posible retener más en la memoria. Pero si vuestra caridad[33] se digna leer los sagrados libros de Moisés, podréis tener un más amplio conocimiento de cuanto allí sucedió.

EL VALLE DE EL-RAHA

Fue en este valle donde se celebró la Pascua, al cumplirse un año de la salida de los hijos de Israel del país de Egipto, ya que fue en esta misma llanura donde los hijos de Israel se acomodaron durante algún tiempo; a saber, mientras el santo Moisés subió a la montaña de Dios y descendió de ella, repetidas veces. Y allí se instalaron mientras duró la construcción del tabernáculo y todo cuanto le fue ordenado en la sagrada montaña. Nos enseñaron el espacio donde primeramente fue fijado por Moisés el tabernáculo y donde se llevaron a cabo cuantas cosas había prescrito Dios a Moisés en el monte para que las llevara a efecto.

Pudimos apreciar también, ya al final del valle, las Tumbas de la Concupiscencia, pero ya en el lugar donde de nuevo retomábamos nuestra ruta; es decir, en aquel punto donde, abandonando por fin aquella anchurosa vaguada, nos incorporamos de nuevo a la senda por la que habíamos venido, encajonada entre aquellas montañas a las que anteriormente me referí. Ese mismo día nos acercamos a visitar a los demás monjes de santidad reconocida que, debido a su edad o por causa de una salud quebrantada, no habían podido acudir a celebrar la oblación en el monte de Dios. Estos hombres se dignaron acogernos a cuantos nos llegamos hasta sus ermitas de manera sumamente hospitalaria.

Así pues, tras haber visto todos los lugares santos que habíamos deseado visitar, así como también todos aquellos parajes por donde habían parado los hijos de Israel, yendo o viniendo de la montaña sagrada, y tras haber rendido visita igualmente a aquellos santos varones que allí moraban, regresamos a Farán, en el nombre del Señor.

DE FARAN A CLYSMA

Si de continuo debo dar gracias al Señor por todas las cosas, cuánto más habré de hacerlo por tantas y tamañas mercedes como ha consentido concederme a mí, tan poco digna y tan poco merecedora de ellas, permitiéndome recorrer todos aquellos lugares tan fuera del alcance de mis méritos. Tampoco podría agradecer nunca lo bastante a todos aquellos santos varones que se dignaron acoger a mi humilde persona en sus ermitas con ánimo solícito, o conducirme por todos aquellos parajes que yo iba buscando con las sagradas Escrituras en la mano. Algunos de aquellos santos que moraban en la montaña de Dios o en sus alrededores, los que gozaban de mayor vigor corporal, se dignaron guiarnos hasta Farán.

Así pues, cuando arribamos a Farán, que se encuentra a treinta y cinco millas de la montaña de Dios[34], hubimos de acomodarnos allí durante dos días para reponer fuerzas. Al cumplirse el tercer día, madrugamos para poder alcanzar de nuevo aquella posta, en pleno desierto de Farán, donde ya a la ida habíamos hecho noche, tal y como antes escribí. Al día siguiente, tras aprovisionamos de agua, partimos nuevamente de allí, y luego de recorrer un trecho entre paredes montañosas, llegamos a otra posta que se encontraba dominando ya el mar, es decir, en aquel punto en que se dejan atrás las montañas y se comienza de nuevo a caminar pegados a la orilla del mar.

Aunque unas veces vas tan cabe el agua que, de súbito, algunas olas vienen a romper en las patas mismas de las caballerías, y otras veces tienes que transitar por el desierto a cien o doscientos pasos, incluso a veces a más de quinientos pasos de la margen; en efecto, por allí apenas se ve marcado el camino, y todo es desierto arenoso. Los faranitas, acostumbrados a viajar por allí con sus camellos, van poniendo señales de trecho en trecho, señales que les sirven de referencia para deambular durante el día. Ahora

bien, por la noche, son los camellos los que siguen solos las señales. En fin, qué os voy a contar: merced a la práctica, los faranitas circulan de noche por aquellos andurriales con mayor premura y seguridad que cualquier otro mortal podría hacerlo por lugares con caminos bien marcados.

A nuestro regreso, pues, salimos de entre los montes al lugar exacto por el que, en la jornada de ida, nos habíamos internado en la zona montuosa, con lo que de nuevo nos avecinábamos al mar. También los hijos de Israel, en su tornaviaje desde el monte sagrado, el Sinaí, hasta aquel lugar, hicieron en su vuelta el mismo camino que a la ida, esto es, salieron a aquel mismo lugar por donde también nosotros dejamos atrás la zona montañosa y nos acercamos de nuevo al mar Rojo. A partir de ahí, nosotros regresamos por el mismo camino que habíamos traído a la venida; los hijos de Israel, en cambio, siguieron a partir de ese punto su propio camino, tal y como está escrito en los libros del santo Moisés.

Nosotros, por el contrario, regresamos a Clysma[35] por el mismo itinerario y a través de las mismas postas que en el trayecto de ida. Eso sí, cuando llegamos a Clysma tuvimos que reponer allí fuerzas de nuevo, ya que habíamos viajado por un desierto de arenas inacabables.

DESDE CLYSMA HASTA ARABIA

Desde luego yo conocía ya la región de Gessén, puesto que había pasado por ella cuando viajé hasta Egipto por vez primera. Ahora bien, con el fin de poder contemplar todos aquellos lugares que los hijos de Israel habían atravesado en su marcha, proce-

dentes de Rameses, hasta que llegaron al mar Rojo, paraje conocido en la actualidad con el nombre de Clysma —debido a la guarnición que allí se alza— manifesté mi deseo de partir desde Clysma hacia la región de Gessén, hasta una ciudad llamada Arabia y ubicada en dicha tierra de Gessén. De ahí que todo aquel territorio se llame así, es decir, la región de Arabia, la región de Gessén, que forma parte del país de Egipto; por cierto, es la mejor tierra de todo Egipto.

Desde Clysma, es decir, desde el mar Rojo hasta la ciudad de Arabia, hay que hacer cuatro jornadas a través del desierto. Mas, a pesar de su carácter desértico, junto a las postas existen acantonamientos con soldados y oficiales que nos escoltaron de guarnición en guarnición. A lo largo de toda esta travesía, los santos varones que nos acompañaban, es decir, clérigos y monjes, nos iban enseñando cada uno de aquellos lugares por los que yo siempre preguntaba ateniéndome a las Escrituras. Unos se hallaban a la izquierda de nuestro camino, otros a la derecha; algunos se encontraban algo alejados de nuestra senda; otros, en sus inmediaciones. Créame vuestra caridad, por lo que yo pude apreciar, los hijos de Israel debieron efectuar su marcha dirigiéndose unas veces a la derecha, tornando otras hacia la izquierda; avanzando en unas ocasiones, retrocediendo en otras. De esa manera debieron realizar su travesía, hasta avistar el mar Rojo.

EN LA REGIÓN DE GESSÉN

Nos mostraron la ciudad de Epaula[36], aunque de lejos y de pasada, y también estuvimos en Magdala. Hay allí una guarnición militar dotada de un oficial con su tropa, el cual ejerce ac-

tualmente su autoridad en nombre de Roma. Siguiendo lo acostumbrado, nos escoltaron desde allí hasta el siguiente destacamento. Nos enseñaron el lugar llamado Belsefón, y estuvimos viéndolo. Se trata de una explanada en las faldas del monte que antes mencioné, frente al mar Rojo, donde los hijos de Israel, al ver a los egipcios que se acercaban persiguiéndoles, comenzaron a proferir alaridos.

También nos enseñaron Etan[37], que se alza en soledades desérticas, según aparece en las Escrituras, y asimismo Sucot[38]. Esta Sucot ocupa un leve teso en medio del valle, y junto a este modesto collado levantaron sus campamentos los hijos de Israel. Precisamente en aquel lugar fue donde recibieron la ley de la Pascua. También nos fue mostrada la ciudad de Piton, erigida por los hijos de Israel, conforme proseguíamos nuestro camino; se halla en aquel punto en que de nuevo alcanzábamos las fronteras de Egipto, abandonando ya las tierras de los Sarracenos.

En la actualidad Piton es un acantonamiento militar. La que en otros tiempos fue la ciudad de Hero y en la que José salió al encuentro de los pasos de su padre Jacob, como escrito está en el libro del Génesis[39], es ahora un *come*[40], aunque, eso sí, de regulares dimensiones, lo que nosotros llamamos una aldea. Dicho pueblo posee una iglesia, varios sepulcros santos[41] y numerosos eremitorios de santos monjes. Para poder visitar cada una de estas cosas nos fue menester hacer parada allí, siguiendo nuestra inveterada costumbre.

Este pueblo que ahora se llama Hero está a dieciséis millas de la región de Gessén, puesto que se encuentra en los confines fronterizos de Egipto. El paraje en sí resulta sumamente grato, ya que por él discurre un brazo del río Nilo. Así pues, dejando atrás Hero, llegamos hasta la ciudad llamada Arabia[42]; dicha urbe se halla en la región de Gessén, y por ello escrito está que dijo el Faraón a José: «Establece a tu padre y a tus hermanos en la mejor tierra de Egipto, en tierras de Gessén, en la tierra de Arabia».

EN RAMESES

Desde la ciudad de Arabia hasta Rameses[43] hay una distancia de cuatro mil pasos[44]. Nosotros, para llegar hasta la posta de Arabia, hubimos de atravesar por medio de Rameses. Dicha ciudad de Rameses es en la actualidad un campizal, en el que no se levanta ni una sola casa. Pero debió de ser, a lo que parece, de una extensión enorme y tener numerosos edificios. Pues actualmente sus ruinas, a flor de tierra, se pierden de vista en el horizonte. Ahora nada hay allí sino una enorme piedra de Tebas, en la cual se hallan esculpidas dos descomunales figuras que representan, según dicen, a los santos varones Moisés y Aarón.

Se cuenta que fueron los hijos de Israel quienes las grabaron en su honor. También puede verse allí un árbol de sicómoro que, según la tradición, fue plantado por los patriarcas. Se trata de un árbol vetusto en grado sumo, y por tanto esquilmado, a pesar de lo cual aún sigue dando frutos, y cuando alguien está aquejado de alguna dolencia, se llega hasta él y poda unos tallos, que le sirven de alivio[45]. Esto lo supimos a través del santo obispo de Arabia, quien nos lo refirió, y nos dijo también el nombre de dicho árbol en griego: *dendros aletheiae*, que nosotros traducimos como «árbol de la verdad».

Este venerable obispo se dignó salir a nuestro encuentro al llegar nosotros a Rameses. Era un hombre ya anciano, de muy profunda religiosidad, antiguo monje y todo afabilidad, acogiendo a los peregrinos con la mejor disponibilidad. Además, era un hombre muy versado en las sagradas Escrituras. Él mismo fue quien, tras molestarse en salir a nuestro encuentro, nos fue enseñando cada cosa y nos refirió lo de las estatuas a que antes aludí, así como también lo del árbol de sicómoro. También nos relató este santo obispo que el faraón, al ver que los hijos de Israel habían huido de su lado, antes de lanzarse en su persecución entró en Rameses con todo su ejército y le prendió fuego por sus cuatro

costados, pues era una ciudad inmensa, tras lo cual salió en pos de los hijos de Israel.

EN ARABIA

Tuvimos la inmensa fortuna de llegar a la posta de Arabia en la víspera del felicísimo día de la Epifanía, y en dicha jornada se iba a celebrar en la iglesia la correspondiente vigilia. De modo que nos retuvo allí unos días aquel venerable obispo, hombre de gran santidad y verdadero hombre de Dios, al que ya conocía yo bastante bien de cuando había visitado la Tebaida. Este santo obispo era un antiguo monje que había sido educado desde pequeñito[46] en un monasterio, debido a lo cual era un hombre versado en las Escrituras, y tan recto en su vida toda, según ya expliqué. Por nuestra parte, a partir de este punto despachamos a los soldados que nos habían brindado protección en nombre de la autoridad romana mientras nos fuimos moviendo por parajes peligrosos. Pero ahora se trataba de la vía pública[47] de Egipto, que atravesaba la ciudad de Arabia, y que va desde la Tebaida hasta Pelusio, por lo que no era necesario ya importunar a los soldados.

EN LA REGIÓN DE GESSÉN

Así pues, partimos de allí y proseguimos nuestra marcha a través de la región de Gessén, atravesando continuamente campos de viñas, que sirven para obtener vino, y otro tipo de viñedos que dan bálsamo; atravesábamos asimismo plantaciones de frutales, campos cultivados con mimo y numerosas huertas; nuestro camino se deslizaba siempre ajustado a la margen del río Nilo, entre abundantísimos cultivos que fueron, en otros tiempos, fincas pertenecientes a los hijos de Israel. En fin, qué puedo añadir, creo que nunca en mi vida había visto yo una tierra tan feraz como ésta de Gessén.

Conque reanudando nuestra marcha desde la ciudad de Arabia, atravesando la región de Gessén a lo largo de dos días, llegamos por fin a Tanis[48], ciudad en la que nació el santo Moisés. Esta ciudad de Tanis es la misma que fuera antaño metrópoli del faraón. Y aunque yo conocía ya estos parajes, como indiqué más arriba, de cuando había visitado Alejandría o la Tebaida, quería sin embargo explorar más a fondo todos aquellos lugares que hubieran recorrido los hijos de Israel cuando salieron desde Rameses para dirigirse hasta la montaña santa de Dios, el Sinaí; de modo que fue necesario volver de nuevo a la región de Gessén, y de ahí a Tanis.

Luego, abandonando finalmente Tanis y siguiendo un camino que ya conocía, llegué hasta Pelusio[49]. Y partiendo de allí, recorriendo de nuevo el trayecto a través de las sucesivas postas de Egipto que anteriormente habían jalonado nuestra marcha, llegué finalmente a los bordes fronterizos de Palestina. Y desde allí, en el nombre de Cristo nuestro Dios, tras realizar nuevamente algunas jornadas a través de Palestina, regresé a Aelia[50], es decir, a Jerusalén.

EL MONTE NEBO

Transcurrido algún tiempo, y conforme a la voluntad divina, me invadió nuevamente el deseo de acercarme hasta Arabia, concretamente al monte Nebo[51], hasta el lugar al que ordenó Dios a Moisés que subiera, diciéndole: «Sube al monte Arabot, al monte Nebo, que está en la tierra de Moab, enfrente de Jericó, y contempla la tierra de Canaán, que doy en posesión a los hijos de Israel, y en ese mismo monte al que vas a subir, morirás». Así pues, Jesús nuestro Dios, que no abandona a quienes en él confían, se ha dignado atender también a este mi deseo.

Salí, por tanto, de Jerusalén, acompañada en mi marcha por santos varones, concretamente un presbítero, unos diáconos de Jerusalén y algunos hermanos, es decir, unos monjes. Llegamos así hasta aquella margen del Jordán por la que los hijos de Israel lo franquearon cuando el santo Josué, hijo de Navé, les hizo pasar el Jordán, según está escrito en el libro de Josué Navé[52]. También se nos mostró el lugar, un poco más arriba, donde los hijos de Rubén y de Gad y media tribu de Manasés habían levantado un altar, en aquella parte de ribera en la que se extiende Jericó.

Tras cruzar el río, llegamos a una ciudad llamada Livias[53], que se encuentra en el lugar mismo en que antaño levantaron sus campamentos los hijos de Israel. Todavía hoy día son visibles en aquel exacto punto los cimientos de los campamentos de los hijos de Israel, y de los habitáculos que les sirvieron de morada. Es un inmenso campizal al abrigo de los montes de Arabia y dominando el Jordán. Este es el lugar del que está escrito: «Y lloraron los hijos de Israel a Moisés en las llanuras de Moab y del Jordán, frente a Jericó, durante cuarenta días».

Es también este el lugar donde tras la desaparición de Moisés[54], al punto fue imbuido Josué, hijo de Navé, del espíritu de

sabiduría: en efecto, Moisés le había impuesto las manos, tal y como está escrito. Es igualmente el lugar en el que Moisés escribió el libro del Deuteronomio. Es también el lugar en el cual Moisés pronunció, ante los oídos de toda la asamblea de Israel, todas las palabras, de principio a fin, del cántico que se encuentra escrito en el libro del Deuteronomio. Es aquel mismo lugar en el que el santo Moisés, hombre de Dios, fue bendiciendo a los hijos de Israel, tribu por tribu, antes de su muerte[55].

De modo que, al llegar nosotros a esa misma explanada, nos acercamos hasta el lugar exacto e hicimos una oración; se leyó además una parte del Deuteronomio, allí mismo, así como el cántico de Moisés y las bendiciones que derramó sobre los hijos de Israel. Luego, tras la lectura, de nuevo hicimos una plegaria y, dando gracias a Dios, nos alejamos de allí. En efecto, teníamos por costumbre, siempre que llegábamos a cualquiera de los lugares que deseábamos ver, hacer allí, lo primero de todo, algunas preces; luego leer el pasaje correspondiente de nuestro ejemplar sagrado[56], recitar asimismo un salmo que viniese a cuento con el tema y luego de nuevo hacer un rezo. Esta práctica la seguimos sin desmayo, según la voluntad divina, al llegar a cualquiera de los lugares que queríamos visitar.

LA PEÑA DE DONDE BROTÓ AGUA

Así que, para llevar a buen término la empresa iniciada, comenzamos a aligerar el paso con el fin de alcanzar el monte Nebo. Según íbamos de camino, nos hizo una advertencia el presbítero de aquel lugar, es decir, de Livias, a quien habíamos hecho venir mediante insistentes ruegos desde donde habíamos pasado

la noche, ya que él conocía mejor todos aquellos parajes; nos dijo este sacerdote:

—Si deseáis ver el manantial que brotó de la roca, es decir, el que Moisés facilitó a los sedientos hijos de Israel, podréis verlo a cambio de hacer el esfuerzo de desviaros del camino al llegar al miliario sexto, más o menos[57].

No bien hubo dicho esto, decidimos llenos de entusiasmo que sí iríamos; y desviándonos al punto del camino que traíamos, seguimos al sacerdote, quien marchaba delante para guiarnos. Hay en aquel paraje una iglesia diminuta al abrigo del monte, no del Nebo, sino de otro que se halla más escondido, aunque no queda lejos de todos modos del Nebo. Habitan allí numerosos monjes de probada santidad, a los que por allí llaman «ascetas». Estos santos monjes se dignaron acogernos de la manera más hospitalaria, permitiéndonos incluso entrar a saludarlos.

Y una vez que hubimos accedido a donde ellos moraban, hicimos oración junto con ellos, tras lo cual se dignaron ofrecernos algunas «eulogias» o presentes, según tienen por costumbre ofrecer a quienes brindan su hospitalidad. Pues allí, a medio camino de la iglesia y las ermitas de los monjes, mana un abundante caudal de una roca, con un agua muy limpia y transparente, de un sabor exquisito. Les preguntamos entonces a aquellos santos monjes que allí moraban qué era aquella agua, de tal calidad y tan agradable gusto. Y ellos nos replicaron:

—Esta es el agua que dio el santo Moisés a los hijos de Israel en este desierto.

Siguiendo, pues, nuestra costumbre hicimos allí una plegaria y la lectura correspondiente sacada de los libros de Moisés y recitamos asimismo un salmo.

Tras lo cual, junto con aquellos santos clérigos y monjes que nos habían acompañado, nos encaminamos hacia el monte. Incluso muchos de aquellos venerables monjes que convivían junto

al caudal de agua y que pudieron afrontar el esfuerzo, se dignaron ascender con nosotros al monte Nebo.

Abandonando, pues, aquel sitio, nos aproximamos al pie del monte Nebo, que era sumamente empinado. De todos modos, la mayor parte de la subida puede hacerse a lomos de asno; solo en algunos trechos era tan escarpado que se hacía necesario escalarlo a pie y con grandes esfuerzos, y eso es lo que hicimos.

EL SEPULCRO DE MOISÉS

Llegamos por fin a la cumbre de dicho monte, donde se alza actualmente una iglesia de modestas proporciones, en la cima misma del monte Nebo. Dentro de esa iglesia, en el lugar en que se encuentra el púlpito[58], advertí un espacio algo más elevado con las proporciones que suelen caracterizar a los enterramientos. Pregunté a aquellos santos varones qué cosa era aquélla, a lo cual me respondieron:

—Aquí fue depositado el santo Moisés por los ángeles, ya que, como escrito está, «ningún hombre conoce su sepultura»; pues lo cierto es que fue enterrado por los ángeles. Y así el sepulcro en que fue depositado no se muestra nunca, hasta el día de hoy. Al igual que a nosotros nos mostraron los más ancianos que aquí moraban el lugar en que se hallaba, asimismo nosotros os lo indicamos a vosotros[59].

Y aquellos ancianos aseguraban que, a su vez, habían recibido esta tradición de sus mayores. Acto seguido, nos recogimos en oración y repetimos, también aquí, todo lo que teníamos por costumbre hacer en cada uno de los lugares santos que sucesiva-

mente íbamos visitando. Tras lo cual, comenzamos a salir de la iglesia.

DESDE EL MONTE NEBO

Nos dijeron entonces quienes conocían bien aquellos parajes, es decir, los venerables sacerdotes o monjes:

—Si queréis ver los lugares que figuran descritos en los libros de Moisés, salid fuera del atrio de la iglesia y, desde la cima misma, por la parte desde la que es posible divisarlos, observad bien y echad una ojeada, y os iremos indicando cuáles son esos parajes que desde aquí se ciernen.

Con notable excitación, salimos al punto fuera del templo. Y desde la puerta misma de la iglesia pudimos apreciar el sitio en el que el Jordán desemboca en el mar Muerto, paraje este que, dada nuestra posición, aparecía bajo nuestros pies. Asimismo pudimos ver, enfrente de nosotros, no solo Livias, que se hallaba al lado de acá del Jordán, sino también Jericó, que aparecía en la margen opuesta del Jordán; tal era la altura de aquel punto en que nos hallábamos, a las puertas de la iglesia.

También se divisaba desde allí la mayor parte de Palestina, la Tierra de Promisión, así como toda la ribera del Jordán, en cuanto alcanzaba a abarcar la mirada[60]. En la parte de la izquierda abarcábamos toda la región de los sodomitas, así como Segor; esta Segor es la única de aquellas cinco ciudades que se conserva hasta hoy en día[61]. Queda allí todavía un memorial. En cambio, de las otras ciudades no puede verse más que una confusión de ruinas, ya que fueron reducidas a cenizas.

Nos enseñaron también el lugar donde estuvo la estatua de la mujer de Lot, lugar que aparece asimismo en las Escrituras[62]. Pero, creedme, venerables señoras, lo que es propiamente la columna no aparece por ningún lado, lo único que enseñan es el lugar que debió de ocupar; la estatua propiamente dicha se asegura que fue tragada por el mar Muerto. Y desde luego, cuando nosotros inspeccionamos aquel paraje, no vimos estatua por ninguna parte, no puedo engañaros al respecto. El obispo de aquel lugar, quiero decir de Segor, nos indicó que desde hacía ya algunos años no había rastro de la estatua.

Desde Segor, habrá unas seis millas hasta el punto exacto en que se encontraba la estatua; ahora todo se halla anegado por las aguas. Luego nos apostamos en la parte derecha del templo, siempre desde el exterior, y desde allí nos mostraron, justo enfrente, dos ciudades: Esebón[63], que perteneció a Seón, rey de los Amorreos, y que ahora se llama Exebón; y la otra, la ciudad de Og, rey de Basán, que se conoce en la actualidad con el nombre de Safdra[64]. También nos señalaron, frente al punto en que nos encontrábamos, Fogor, ciudad que perteneció al reino de Edom[65].

Todas estas ciudades que desde allí podíamos divisar se hallaban encajonadas entre pliegues montañosos, pero un poco por debajo de ellas se nos mostraba una terraza más llana. Nos dijeron entonces que, en aquellos días en que el santo Moisés y los hijos de Israel combatieron contra aquellas ciudades, habían asentado justamente allí sus campamentos; y en efecto, aún podían verse allí huellas de antiguos castros. En la parte izquierda del monte a que antes me referí, la que dominaba el mar Muerto, nos mostraron un pico muy escarpado, que antaño se llamaba «Agrispecula» o «Campo de los vigías»[66]. Se trata del monte en el cual Balac, hijo de Beor, apostó al adivino Balaam para que maldijera a los hijos de Israel, aunque Dios no lo permitió, como escrito está.

De modo, pues, que tras haber visto todo aquello que queríamos, en el nombre de Dios, regresando por Jericó y repitiendo el trayecto que habíamos traído a la venida, tornamos de nuevo a Jerusalén.

HACIA EL SEPULCRO DE JOB

Transcurrido algún tiempo, quise visitar también la región de Ausitis[67], para ver el sepulcro del santo Job y hacer oración junto al mismo. En efecto, veía yo que muchos santos monjes venían desde allí hasta Jerusalén para visitar los santos lugares y orar en ellos; estos peregrinos, con los pormenores que referían de aquellos lugares, hicieron crecer en mí el deseo de tomarme la molestia de acercarme yo también hasta aquellos sitios; eso, si puede llamarse molestia al hecho de que alguien consiga ver realizados sus sueños.

Así que partí de Jerusalén con los santos hermanos que se dignaron prestarme su compañía en mi desplazamiento, guiados también ellos por el afán de recogerse allí en oración. El trayecto de Jerusalén a Carneas se consume en ocho jornadas. Carneas es el nombre que recibe en la actualidad la ciudad de Job, la cual era conocida antaño por el nombre de Dennaba, en la región de Ausitis, en los confines de Idumea y Arabia.

LA CIUDAD DE MELQUISEDEC

Yendo de camino, entreví junto a la ribera del río Jordán un valle muy hermoso y ameno, abundoso en viñedos y arbolado, ya que lo regaban numerosos azarbes de agua excelente. Había en aquel valle una aldea muy desparramada, que se llama ahora Sedima[68]. En dicha aldea, plantada en mitad de la vaguada, se alza, en su mismo centro, un montículo no demasiado grande, pero formado a la manera que suelen ofrecer las grandes tumbas. Allí, en su parte más elevada, se alza una iglesia y por bajo de ella, todo alrededor de aquel teso, pueden verse algunas ruinas antiguas de imponente aspecto. Algunos pocos vecinos conviven en dicha aldea. Por mi parte, al ver un paraje tan grato, pregunté cuál era aquel lugar tan ameno, y entonces me replicaron:

—Esta es la ciudad del rey Melquisedec, la que antes se llamaba Salem: de ahí que ahora, por una corrupción de la palabra, se llame Sedima este pueblo. En el teso que se alza en medio de la aldea, el edificio que ves en su cima es una iglesia, que en la actualidad se llama «opu Melquisedec», dicho en griego[69]. En efecto, en ese lugar ofreció a Dios Melquisedec sacrificios puros, es decir, panes y vino, como está escrito que hizo[70].

Al punto de escuchar yo esto, nos apeamos de las cabalgaduras y he aquí que el venerable presbítero de aquel lugar se dignó salir a nuestro encuentro, junto con otros clérigos. Todos ellos nos acogieron prestamente y nos condujeron hasta la iglesia, en la parte alta. Cuando llegamos arriba, lo primero que hicimos, siguiendo nuestra costumbre, fue recogernos en oración; luego se leyó el pasaje correspondiente del libro del santo Moisés; también se recitó un salmo que venía a cuento de aquel lugar y, tras una nueva súplica, emprendimos el descenso.

Cuando hubimos bajado, nos dijo aquel santo presbítero, anciano ya y muy versado en las Escrituras, el cual estaba a cargo de aquel lugar desde que fuera monje, y muchos obispos —por lo que después pudimos saber— hacían grandes elogios de su conducta, asegurando de él que era verdaderamente digno de es-

tar al frente de este lugar en el que el santo Melquisedec, al aproximarse el santo Abraham, fue el primero en ofrecer a Dios sacrificios puros. Pues, como decía, una vez que hubimos bajado de la iglesia, nos dijo este santo presbítero:

—Estas ruinas que veis alrededor de este montículo pertenecen al palacio del rey Melquisedec. Ahora mismo, incluso, si alguien decide construirse una casa y revuelve entre las ruinas, tropieza con menudas piezas de plata y de bronce. Y esa calzada que veis discurrir entre el río Jordán y esta aldea es el mismo camino por el que regresó el santo Abraham tras abatir a Codollasomor, rey de las naciones, cuando tornaba a Sodoma y fue alcanzado en su camino por el santo Melquisedec, rey de Salem.

EL HUERTO DE SAN JUAN

En aquel punto, acordándome yo de que san Juan, según lo que está escrito, bautizaba en Enon, junto a Salem, le pregunté si el lugar quedaba lejos de allí. Y me respondió así el santo presbítero:

—Está aquí mismo, a doscientos pasos. Si queréis, os puedo llevar andando hasta allí. Este agua tan abundante y tan pura que veis en la aldea proviene precisamente de esa fuente.

Le di las gracias y le rogué que nos condujera hasta ese lugar, cosa que efectivamente hizo. Comenzamos, pues, a caminar con él, siempre a pie, a través de una vaguada sumamente agradable, hasta que llegamos a un huerto de árboles frutales muy grato, en medio del cual nos mostró un manantial de agua estupenda y límpida, que se transformaba casi de golpe en un auténtico ria-

chuelo. En efecto, ante dicho manantial se remansaba una suerte de charca donde al parecer habría ejercido su ministerio san Juan Bautista. Nos dijo entonces el santo presbítero:

—Hasta hoy en día, el nombre que ha conservado este huerto no es otro que el de «Cepos tou agiou Ioanni», dicho en griego, o como vosotros decís en latín, «el huerto de san Juan»[71]. Muchos hermanos, monjes venerables provenientes de los más diversos rincones, se dirigen hasta aquí para lavarse en este lugar.

Una vez más, junto a dicho manantial y al igual que en los demás sitios, se hizo una oración y se leyó el correspondiente pasaje; se recitó asimismo un salmo apropiado, y todas las demás cosas que teníamos por costumbre hacer al llegar a los santos lugares, también allí las dimos cumplimiento.

Nos dijo también aquel santo presbítero que, incluso en nuestros días, siempre, al llegar la Pascua, quienes habían de recibir el bautismo en aquella aldea, es decir, en la iglesia llamada «Opu Melquisedec», eran todos bautizados en aquella fuente, acudiendo al alba a la luz de los cirios, junto con los clérigos y monjes, recitando salmos o antífonas; y así eran conducidos muy temprano, desde la fuente hasta la iglesia del santo Melquisedec, todos aquellos que habían sido bautizados.

Por nuestra parte, tras recibir del presbítero algunas *eulogias*, esto es, algunos frutos del huerto de San Juan Bautista, y asimismo de los santos monjes que tenían sus ermitas en aquel huerto frutal, dando siempre gracias a Dios, reemprendimos el camino que traíamos.

El VALLE DE ELÍAS

Caminando, pues, durante algún tiempo por el valle del Jordán, bordeando la orilla misma del río, ya que durante algún trecho por ella se deslizaba nuestro camino, se nos mostró de pronto la ciudad del santo profeta Elías, o sea, Thesbe[72], de donde le cupo el sobrenombre de Elías el Thesbita. Se conserva allí, hasta hoy en día, una gruta en la que se refugiaba el santo, y se encuentra allí también el sepulcro del santo Jefté, cuyo nombre podemos leer en los libros de los Jueces. Con que, dando gracias a Dios en aquel sitio, según nuestra costumbre, proseguimos nuestro camino.

Conforme marchábamos, vimos desde el camino un valle hermosísimo que se abría a nuestra izquierda, un valle enorme que enviaba al Jordán un torrente muy dilatado. Y en dicho valle divisamos la ermita de un hermano que vive allí actualmente como monje. Entonces yo, que soy un tanto curiosa, pregunté enseguida qué valle era aquél para que un santo monje hubiera plantado allí su eremitorio; pues imaginaba que no lo habría hecho sin alguna razón poderosa. Nos replicaron a esto los santos hermanos que nos acompañaban en nuestro camino, y que conocían bien el terreno:

—Este es el valle de Corra, donde se instaló el santo Elías Thesbita en tiempos del rey Acab. Aquí padeció hambre, y por mandato divino un cuervo le acarreaba comida, bebiendo el agua de ese mismo torrente. Pues ese arroyuelo que veis discurrir por el valle hasta el Jordán es el torrente de Corra[73].

De manera que, dándole gracias a Dios que se dignaba mostrarnos a quienes no lo merecíamos todo aquello que tanto anhelábamos, reanudamos nuestro camino como cada día. Así, quemando etapas día tras día, de pronto, a nuestra izquierda, desde donde teníamos frente a nosotros las regiones de Fenicia, se nos hizo visible una montaña enorme, de incalculable altura, que tendría una longitud…[74].

EL SEPULCRO DEL SANTO JOB

[…] y este santo monje, varón asceta, tuvo que desplazarse, después de tantos años de permanecer en el yermo, y bajar hasta la ciudad de Carneas, para instar al obispo o a los clérigos de su tiempo a que, según le había sido revelado, cavasen en aquel preciso lugar que le había sido señalado, como en efecto se hizo[75]. Al excavar en aquel punto que se les había indicado, dieron con una cueva, por la que se introdujeron aproximadamente unos cien pasos; y cavando allí, apareció de pronto una urna de piedra; al limpiar bien esta, vieron esculpida en su tapa la palabra «Job».

Entonces se levantó al santo Job, en ese mismo lugar, esta iglesia que veis[76]. Y ello de forma que la urna de piedra con el cuerpo no se removiese a lugar otro alguno, sino que el cuerpo permaneciese depositado allí mismo donde había sido encontrado, y que el cuerpo yaciese debajo del altar. Por lo que respecta a la iglesia, que estaba siendo levantada por no sé qué tribuno, ha quedado sin rematar hasta el día de hoy.

Así pues, al día siguiente por la mañana, le suplicamos al obispo que hiciese la oblación, cosa que se dignó hacer, en efecto; y tras bendecirnos el obispo, nos pusimos en camino. Después de comulgar también allí, y sin dejar de dar gracias a Dios, regresamos a Jerusalén, recorriendo el trayecto a través de cada una de las etapas consumidas en el viaje de ida[77].

HACIA MESOPOTAMIA

Así pues, en el nombre del Señor, transcurrido cierto tiempo, al cumplirse tres años íntegros de mi llegada a Jerusalén, habiendo visitado todos los santos lugares a los que había encaminado mis pasos para orar en ellos, y, por lo tanto, acariciando ya la idea de tornar a mi patria, quise ir también, según la voluntad divina, a Mesopotamia de Siria[78], para visitar a los santos monjes que, según era fama, había allí en tan copioso número y de vida tan preclara que las palabras no alcanzan a decirlo; también para orar ante el sepulcro del apóstol santo Tomás, donde está depositado su cuerpo todo entero, es decir, en Edesa.

Tras su ascensión a los cielos, nuestro Señor Jesús había prometido enviarle allí, según la carta que hizo llegar al rey Abgar a través de Ananías como correo; dicha carta se guarda con suma veneración en la ciudad de Edesa, donde está el referido sepulcro[79]. Créame vuestra caridad, no hay cristiano que vaya a los santos lugares, o sea a Jerusalén, que no se dirija también a este otro punto para orar en él.

Se encuentra este sitio a veinticinco jornadas de Jerusalén. Y dado que desde Antioquía se tiene Mesopotamia más al alcance, se me brindó una excelente ocasión, gracias a Dios, de según regresaba a Constantinopla, como el camino pasaba por Antioquía, acercarme desde allí a Mesopotamia, cosa que efectivamente hice, de acuerdo con la voluntad divina[80].

En el nombre de Cristo nuestro Dios, partí desde Antioquía hacia Mesopotamia, recorriendo un trayecto que se adentraba a través de varias postas o ciudades de la provincia de Siria Coele[81], que es la misma de Antioquía, y de ahí pasé a los confines de la provincia Augustofratense, llegando a la ciudad de Hierápolis[82], que es la metrópoli de dicha provincia, esto es, de la Augustofratense. Dado que es esta una urbe muy bella y opulenta, bien surtida de todo, hube de hacer alto allí, pues no quedaban ya lejos los límites con Mesopotamia.

Al abandonar finalmente Hierápolis, recorridas quince millas, llegué en el nombre de Dios hasta el río Éufrates, del cual se ha escrito con toda justicia que es el gran río Éufrates, caudaloso y que infunde casi pavor; pues discurre con iguales ímpetus que el río Ródano, solo que son aún mayores los del Éufrates[83]. Como se hace necesario cruzarlo en barca, y solo en faluchos de cierta envergadura, hube de perder allí medio día o algo más. Desde allí, una vez atravesado el río Éufrates en el nombre de Dios, entré en los confines de Mesopotamia de Siria.

EDESA

Reanudando nuevamente el viaje durante algunas jornadas, llegué a una ciudad cuyo nombre podemos leer consignado en las Escrituras: me refiero a Batanis[84], ciudad que perdura hasta nuestros días. Tiene una iglesia con un obispo de gran santidad, también monje y confesor[85], y algunas tumbas de santos. Esta misma ciudad está poblada por gran multitud de habitantes, teniendo sede en ella una guarnición militar con su tribuno.

Saliendo nuevamente de allí, llegamos en el nombre de Cristo nuestro Dios a Edesa[86]. Y tan pronto como hubimos arribado a ella, nos dirigimos al instante hacia la iglesia y hacia el sepulcro de santo Tomás[87]. Luego, siguiendo nuestra costumbre, una vez hechos los rezos y todo cuanto solíamos hacer en los lugares santos, también leímos allí algo sobre el propio santo Tomás[88]. El templo que allí se alza es enorme y muy bello, de nueva planta, digno ciertamente de ser la casa de Dios.

Y como eran muchas las cosas que quería ver allí, me fue preciso detenerme por espacio de tres días. De modo que vi en di-

cha ciudad numerosos sepulcros y muchos santos monjes, unos residentes junto a aquellos enterramientos, otros habitando ermitas alejadas de la ciudad, en los más recónditos lugares. Pues el santo obispo de dicha ciudad, hombre muy religioso, monje y confesor, acogiéndome con simpatía me dijo:

—Como veo, hija mía, que, impulsada por tu religiosidad, te has tomado la molestia de venir hasta estos confines desde las tierras más apartadas[89], si te parece bien, te mostraremos todos aquellos lugares que hay aquí y que resultan apetecibles de ver para los cristianos.

Entonces yo, dando gracias en primer lugar a Dios y también a él, le rogué con ahínco que se dignase poner en práctica cuanto decía. Así que me condujo primeramente hasta el palacio del rey Abgar. Y me enseñó allí una estatua del mismo, de gran tamaño y que guardaba con él —según decían— un enorme parecido, toda de mármol y tan pulida que parecía hecha de nácar. Al mirar de frente el semblante de Abgar, parecía aseverarse que fue aquel un hombre sabio y reverenciado en sumo grado. Me dijo entonces el santo obispo:

—Este es el rey Abgar, quien antes de ver al Señor, creyó que Él era en verdad el Hijo de Dios.

Había al lado otra estatua esculpida asimismo en un mármol semejante, que correspondía, según dijo, al vástago de Abgar, Magno, también dotada de notable gracia en su semblante.

Luego nos introdujimos en la parte interior del palacio; allí había unos estanques llenos de peces como yo nunca hasta entonces había visto, quiero decir unos estanques tan grandes, tan límpidos y de agua tan gustosa. En efecto, la ciudad no dispone casi de otra agua que la que escapa del palacio, que forma una suerte de arroyo caudaloso y plateado. A propósito de ese mismo cauce, me confió el santo obispo lo siguiente:

—Algún tiempo después de que el rey Abgar escribiera al Señor y el Señor escribiera a su vez a Abgar, utilizando a Ananías como correo, pasado como digo algún tiempo, se presentaron los persas y cercaron esta ciudad. Mas, al punto, Abgar, enarbolando la carta del Señor hasta la puerta, junto con todo su ejército, oró públicamente. Y luego dijo: «Señor Jesús, nos habías prometido que ningún enemigo penetraría en esta ciudad, mas he aquí que los persas nos atacan».

«Dicho esto, y mientras sostenía el rey con sus manos alzadas la carta desplegada, de repente una tupida oscuridad lo invadió todo, pero solo en la parte exterior de la ciudad y a los ojos de los persas, cuando estos ya se habían aproximado tanto a ella que debían estar como a tres millas de la urbe; pero a tal punto les conturbó aquella calígine que apenas acertaron a sentar sus reales y cercar toda la ciudad a esa distancia de tres millas. Tan aturdidos estaban los persas que nunca jamás alcanzaron a ver por qué parte podrían entrar en el recinto, así que tuvieron que mantenerlo sitiado y rodeado de enemigos, eso sí, a tres millas de distancia, sosteniendo el cerco durante algunos meses.

»Más tarde, al ver que no podían penetrar en la población de ningún modo, trataron de hacer perecer de sed a quienes se refugiaban en ella. Ese cerro que ahí ves, hija mía, dominando la ciudad, por aquel entonces la surtía de agua. Cuando los persas se percataron de ello, desviaron el agua de la ciudad y la encauzaron mediante un caz hacia el terreno en que habían levantado sus campamentos. Pues en el mismo día, y a la misma hora en que los persas desviaban el agua, comenzaron de pronto a brotar, por orden de Dios y todos a la vez, esos manantiales que ahí ves, en ese preciso lugar. Y desde aquel entonces, esas fuentes se mantienen ahí, hasta ahora mismo, por gracia de Dios. En cambio, el agua que los persas habían desviado, en aquel mismo instante se consumió, de suerte tal que ni un solo día tuvieron para beber quienes asediaban la ciudad, como puede apreciarse incluso aho-

ra mismo, ya que después de aquello no se ha visto por allí rastro de humedad hasta nuestros días. Así, por la voluntad de Dios que había prometido que tal sucedería, se vieron obligados a regresar enseguida a su tierra, o sea, a Persia. Y posteriormente, siempre que algún enemigo quiso allegarse hasta esta ciudad y sitiarla, se sacó y se leyó esta carta junto a la puerta, y al punto, por orden divina, todos los enemigos fueron rechazados»[90].

Nos refirió asimismo el santo obispo lo siguiente:

—El lugar donde brotaron estos manantiales era antes un tremedal dentro de la ciudad, al pie del palacio de Abgar. Dicho palacio de Abgar se hallaba apostado en un solar algo más elevado, tal y como hoy sigue apreciándose, como puedes ver. Y es que en aquella época existía la costumbre de, cuando levantaban un palacio, hacerlo siempre sobre un lugar cimero. Mas después de que brotaran los manantiales en aquel tremedal, el propio Abgar hizo construir en tal explanada un palacio para su hijo Magno —es decir, para ese cuya estatua puedes ver reposar junto a la de su padre—, pero de manera que los surtidores quedaran confinados dentro del recinto de palacio.

LA CORRESPONDENCIA ENTRE ABGAR Y JESÚS

Tras de referirme todas estas cosas el santo obispo, me dijo aún:

—Vayamos ahora hasta la puerta por la que entró el correo Ananías con aquella carta a que me refería.

Cuando llegamos ante dicha puerta, el obispo, de pie, hizo una oración y nos leyó las mencionadas cartas, bendiciéndonos luego y haciendo una nueva plegaria. Nos contó también aquel santo varón que, desde el día mismo en que el correo Ananías entrara por aquella puerta con la misiva del Señor, se ha montado guardia en ella hasta nuestros días, a fin de que no traspase aquellos umbrales ningún hombre inmundo, ni alguien que guarde luto, y que tampoco se saque por aquella puerta el cuerpo de ningún cadáver[91].

Nos enseñó también el santo obispo los sepulcros de Abgar y de toda su familia, muy hermosos, aunque levantados a la antigua usanza. Nos condujo asimismo hasta aquel palacio que tuvo primero el rey Abgar en la parte alta, y cualquier otro lugar que hubiera de interés, igualmente nos lo fue mostrando. Otra cosa que me complació sobremanera fue el hecho de recibir de manos de aquel santo varón las propias cartas de Abgar al Señor y del Señor a Abgar, las mismas que antes nos había leído el santo obispo. Aunque yo tenía ya copia de ellas en mi patria, me pareció algo sumamente grato recogerlas allí de él, por si acaso nos hubieran llegado a la patria mermadas en algo; en efecto, lo que aquí se me entregó es sin duda más extenso. De manera que si nuestro Dios Jesús lo quiere y regreso a casa, también vosotras podréis leerlas, señoras de mi alma.

EN HARÁN

Tras haberme detenido allí por espacio de tres días, hube de proseguir adelante hasta alcanzar Charris[92], pues así es como ahora se dice; en cambio, en las santas Escrituras, se la menciona

como Harán, donde vivió el santo Abraham, según está escrito en el Génesis, diciéndole el Señor a Abraham: «Sal de tu tierra y de la casa de tu parentela y ve a Harán», y lo que sigue. Al llegar pues, quiero decir a Harán, en seguida me dirigí a la iglesia, que se encuentra dentro de la propia ciudad. Acudí también enseguida a ver al obispo de aquel lugar, de probada santidad y hombre de Dios, además de ser también monje y confesor, el cual se dignó al punto mostrarnos todos aquellos lugares que deseábamos visitar.

Enseguida nos condujo hasta una iglesia que se halla extramuros de la ciudad, en el lugar exacto en que se levantara la mansión del santo Abraham, o sea, sobre los mismos cimientos y con las mismas piedras, a decir de aquel santo obispo. Al llegar a la iglesia, se hizo una oración y se leyó el pasaje correspondiente del Génesis, recitándose también un salmo; tras una nueva oración y tras bendecirnos el obispo, salimos fuera. Se dignó además acompañarnos hasta el pozo del que acarreaba agua la santa Rebeca. Y nos dijo el santo obispo:

—Este es el pozo del que la santa Rebeca dio de beber a los camellos del servidor del santo Abraham, es decir, Eleazar.

Y así se complacía en irnos mostrando cosa por cosa.

En la iglesia que, como dije, ilustres damas y amigas, se halla a las afueras de la ciudad, y donde estuvo antaño la casa de Abraham, se encuentra actualmente también un sepulcro, perteneciente a un santo monje llamado Helpidio. Y nos sucedió algo que nos llenó de contento: resulta que llegamos allí el día anterior a la fiesta de dicho santo, Helpidio, el nueve de las calendas de mayo[93]. Y precisamente ese día, de todas partes y de todos los confines de Mesopotamia, bajan todos los monjes hasta Harán; incluso los más ancianos, que moran en soledad y a los que llaman «ascetas», acuden ese día, que es allí una fiesta bastante señalada, además de por la memoria del santo Abraham, ya que su

casa estuvo donde ahora se alza la iglesia en que se halla depositado el cuerpo de ese santo mártir.

Así que, sin esperarlo, nos topamos con la agradable sorpresa de encontrar allí a los monjes de Mesopotamia, de gran santidad y sin duda hombres de Dios; incluso a aquellos cuya fama o cuya vida había trascendido muy lejos, y a los que yo no pensaba que jamás pudiera alcanzar a ver; no porque le fuera imposible a Dios concederme también esto, Él que todo se dignaba otorgarme, sino porque había oído yo que, fuera del día de Pascua y fuera de ese preciso día, no bajaban de sus refugios; pues son tales que incluso realizan numerosos prodigios, y además porque yo no sabía en qué mes caía la festividad de este mártir, a la que antes me refería.

De modo que, por voluntad divina, sucedió el llegar allí justo ese día que yo ni me esperaba. Nos demoramos allí, pues, durante dos jornadas a causa de la festividad, y también para ver a aquellos santos varones que se dignaron acogerme y hablar conmigo para saludarme con la mejor disposición, algo que yo no merecía. Y en efecto, inmediatamente después del día de la fiesta no se les volvió a ver, ya que al punto partieron durante la noche hacia el yermo, cada cual a las ermitas que allí tenían.

LAS TUMBAS DE NACOR Y DE BATUEL

En la ciudad, por otra parte, fuera de algunos pocos clérigos y santos monjes que por acaso tienen en ella su residencia, apenas encontré ningún cristiano, sino que todos son gentiles. Y al igual que nosotros nos acercamos al lugar en que se alzó antaño la

mansión de Abraham con suma veneración, por su recuerdo, asimismo aquellos gentiles acuden con gran respeto a un lugar que estará a unos mil pasos de la ciudad y donde se hallan las tumbas de Nacor y Batuel[94]. Dado que el obispo de aquella ciudad es un hombre muy versado en las Escrituras, le pregunté:

—Te ruego, señor, me digas algo que desearía conocer.

Él me respondió:

—Dime, hija, lo que quieres, y yo te lo diré, si es que lo sé.

—Me consta —le repliqué entonces— gracias a las Escrituras, que el santo Abraham vino a este lugar junto con su padre Taré, su esposa Sara y Lot, el hijo de su hermano. En cambio, no he podido leer en qué momento Nacor o Batuel pasaron por este lugar; lo único que sé es que, algún tiempo después, vino a Harán el servidor de Abraham para solicitar a Rebeca, hija de Batuel, hijo de Nacor, como esposa para el hijo de su señor Abraham, es decir, para Isaac.

Me respondió entonces el santo obispo:

—Ciertamente, hija mía, aparece escrito en el Génesis, tal como dices, que el santo Abraham pasó por este lugar con los suyos; pero la Escritura canónica[95] no indica en qué momento pasaron por aquí Nacor o Batuel con los suyos. Pero es evidente que también ellos transitaron este lugar, y además, ahí están sus sepulcros a unos mil pasos de la ciudad. Lo que sí confirma la Escritura es que el servidor del santo Abraham vino hasta aquí para recoger a la santa Rebeca, y que luego también se llegó hasta aquí el santo Jacob, cuando recibió a las hijas de Labán el Sirio.

Le pregunté entonces dónde se hallaba el pozo en el que el santo Jacob había dado de beber a los rebaños que apacentaba Raquel, la hija de Labán el Sirio. Y me respondió el obispo:

—Ese lugar se encuentra a seis millas de aquí, a las afueras de una aldea que antaño fue la ciudad de Labán el Sirio. Si deseas ir, iremos contigo y te lo mostraremos; además, hay por allí nume-

rosos monjes y ascetas de probada santidad, y hay también una iglesia.

También interrogué al santo obispo sobre el lugar de los caldeos en el cual habían vivido en un principio Taré y los suyos[96]. Y me respondió el santo obispo:

—Ese lugar por el que me preguntas, hija, se encuentra a diez jornadas de aquí, dentro de territorio persa. Desde aquí hasta Nisibe se precisan cinco jornadas, y desde allí hasta Ur, la que fue ciudad de los caldeos, otras cinco jornadas; solo que los romanos no pueden pasar hasta allá, pues todo aquel territorio está en manos de los persas. Esa región se llama concretamente la provincia de Oriente, al formar frontera entre los romanos y los persas o caldeos.

Muchas otras cosas se dignó referirme, al igual que los demás santos obispos o venerables monjes se avenían a hacer. Pero siempre sobre las Escrituras divinas o los hechos de santos varones, es decir, de los monjes: bien sobre los prodigios que hacían los que ya habían fallecido, o bien sobre las acciones cotidianas de los que aún permanecían en vida, sobre todo los ascetas. Pues no quiero que piense vuestra caridad que las conversaciones de los monjes tienen otro objeto que no sea las Escrituras sagradas o los hechos edificantes de los antiguos monjes.

EL POZO DE JACOB

Tras detenerme allí por espacio de dos días, nos condujo el obispo hasta el pozo en que el santo Jacob había abrevado los rebaños de la santa Raquel, pozo que se halla a seis millas de Ha-

rán. Para la veneración de dicho pozo se ha levantado junto al mismo un templo de grandes dimensiones y bello aspecto. Cuando llegamos al pozo, el obispo hizo una plegaria, se leyó el pasaje correspondiente del Génesis[97], se recitó asimismo un salmo apropiado para aquel lugar y, tras repetir la oración, nos bendijo el obispo.

Pudimos ver además, en la explanada que rodea al pozo, aquella losa inmensa que tuvo que retirar el santo Jacob del brocal del pozo, piedra que se muestra hasta hoy en día. En los alrededores del pozo no viven más que los clérigos de la iglesia que allí se alza y los monjes que tienen en las cercanías sus ermitas, sobre cuya vida, por cierto verdaderamente inaudita, nos estuvo refiriendo nuevas el santo obispo.

Así que, tras orar en la iglesia, me acerqué junto con el obispo a donde estaban los santos monjes, recorriendo sus ermitas, dándole gracias a Dios y también a ellos, que se dignaron recibirme, en cuantas ermitas entré a visitar, con ánimo hospitalario y conversar conmigo con palabras dignas de ser pronunciadas por sus labios. Además, tuvieron a bien darme algunas *eulogias* o recuerdos, a mí y a todos cuantos conmigo venían, según es costumbre entre los monjes ofrecer a quienes acogen en sus eremitorios con ánimo hospitalario.

Aquel lugar se encuentra en un gran descampado y, justo enfrente, me señaló el santo obispo una aldea de regulares dimensiones, a unos quinientos pasos del pozo, aldea que hubimos de atravesar. Este poblado, por lo que nos decía el obispo, fue antaño la ciudad de Labán el Sirio, y la aldea se llama Fadana[98]. Me enseñaron en dicho poblado la tumba de Labán el Sirio, suegro de Jacob, y también me hicieron ver el lugar en que Raquel arrebató los ídolos de su padre.

Así pues, en el nombre de Dios, tras haber visto todas estas cosas, y luego de decir adiós al santo obispo y a los santos monjes

que se habían dignado llevarnos hasta aquel lugar, regresamos por el mismo camino y por las mismas postas por donde habíamos venido desde Antioquía.

DE ANTIOQUÍA A SELEUCIA

Cuando estuve de vuelta en Antioquía me quedé allí una semana, hasta tener listos todos los preparativos necesarios para el viaje. Luego, saliendo de Antioquía y tras un trayecto de varias jornadas, llegué a la provincia llamada Cilicia, cuya metrópoli es la ciudad de Tarso, en la cual Tarso ya había estado yo cuando me dirigía a Jerusalén. Como a tres jornadas de Tarso, en Isauria, se encuentra el sepulcro de santa Tecla. Y me dio una gran alegría poder acudir también allí, sobre todo estando tan cerca[99].

Así que, saliendo de Tarso, llegué a cierta ciudad a orillas del mar, todavía en Cilicia, a la que llaman Pompeyópolis. Desde allí, adentrándome ya en los confines de Isauria, me acomodé en una ciudad que llaman Corico[100], y al tercer día llegué a la ciudad llamada Seleucia de Isauria. Una vez que estuve allí, fui a ver al obispo, hombre muy venerable y antiguo monje, y vi también una iglesia muy bonita en la misma ciudad. Y como desde allí hasta Santa Tecla, en un enclave pasada ya la ciudad y en el rellano de un altozano, habría unos mil quinientos pasos desde la ciudad, preferí alargar el trayecto hasta aquel lugar y efectuar en él la parada que tenía prevista.

Allí, en los alrededores de la iglesia, no hay más que innumerables monasterios de hombres y mujeres[101]. Y allí encontré a una gran amiga mía, de cuya vida todo el mundo se hacía lenguas en el oriente. Una santa diaconisa llamada Marthana, a la

que había conocido yo en Jerusalén, hasta donde ella había subido por devoción. Regentaba esta mujer monasterios de apotactitas[102] o vírgenes. Cuando ella me vio, ¿cómo podría describiros cuál no fue su alegría y la mía?

Pero volviendo a lo que íbamos, hay numerosos monasterios dispersos por aquella colina y, en su centro, un robusto tapial que rodea a la iglesia, dentro de la cual está el enterramiento, un sepulcro por cierto muy hermoso. La tapia se levantó para proteger a la iglesia de las gentes de Isauria, que son de bastante mal temple, y harto aficionadas a la rapiña, para que no intenten hacer alguna de las suyas en el monasterio que se hace cargo de la iglesia.

Cuando llegué allí, en el nombre del Señor, tras hacer una oración ante el sepulcro y tras leer los Hechos de Santa Tecla, di infinitas gracias a Cristo nuestro Dios que se ha dignado atender en todo a mis deseos, siendo yo tan indigna y poco merecedora de ello.

REGRESO A CONSTANTINOPLA

Tras permanecer allí dos días, y una vez rendida visita a los santos monjes o apotactitas, tanto varones como mujeres, que allí residían, hechos los rezos y recibida la comunión, regresé a Tarso para retomar mi camino. Tras reposar allí durante tres jornadas, partí en el nombre de Dios de aquel lugar para proseguir mi viaje. Ese mismo día llegué al caravasar que llaman Mansocrenas[103], que está al abrigo del monte Tauro, y allí hice parada.

Al día siguiente, partí de allí, ascendí por el monte Tauro y siguiendo un recorrido ya conocido a través de las distintas provincias por las que había pasado a la ida, es decir, Capadocia, Galacia y Bitinia, llegué a Calcedonia, lugar en que hice alto por el celebérrimo sepulcro de santa Eufemia, que allí se encuentra y que yo conocía ya de antes[104].

Al siguiente día, después de atravesar el mar, llegué a Constantinopla, dando gracias a Cristo nuestro Dios que, siendo yo tan indigna y tan poco merecedora, se ha dignado otorgarme tamaña merced, esto es, ha querido concederme no solo el anhelo de ir, sino también las fuerzas necesarias para recorrer los lugares que deseaba, y tornar de nuevo a Constantinopla.

Una vez que llegué allí, mientras recorría cada una de las iglesias o templos consagrados a los apóstoles, así como cada uno de los sepulcros de santos que allí existen en holgado número, no cesaba de dar gracias a nuestro Dios Jesús, quien de tal manera se había dignado derramar sobre mí su misericordia.

Desde este lugar, señoras mías, luz de mi vida, mientras despachaba estas letras a vuestra caridad, ya abrigaba el propósito de, en nombre de Cristo nuestro Señor, viajar hasta el Asia, concretamente a Éfeso, para venerar el sepulcro del santo y bienaventurado apóstol Juan[105]. Ahora bien, si después de eso sigo con vida, si puedo llegar a conocer otros lugares, yo misma en persona, si Dios se digna otorgármelo, daré cumplida cuenta a vuestra caridad; y si otros planes se apoderan de mi ánimo, os lo haré conocer a través de misivas.

Por vuestra parte, señoras mías, luz de mi vida, dignaos tenerme en vuestra memoria, tanto si continúo dentro de mi cuerpo como si, por fin, lo hubiere abandonado.

TEXTOS ADICIONALES

CARTA DE ABGAR A JESÚS

Abgar Ujama, toparca, a Jesús salvador bueno, que ha aparecido en la región de Jerusalén, salud. He oído de ti y de tus curaciones, hechas por ti sin medicinas ni hierbas; pues, como corre la voz, haces que los ciegos vean, los cojos anden, limpias a los leprosos y arrojas espíritus inmundos y demonios; curas a los que sufren con larga enfermedad, y resucitas a los muertos. Y oyendo esto de ti, me ha venido a la mente que, una de dos: o tú eres el Dios que bajado del cielo haces esto, o eres el hijo de Dios que lo hace. Por eso, pues, escribo rogándote vengas pronto a mí y cures el mal que tengo. Además, he oído que los judíos murmuran de ti y quieren hacerte daño. La ciudad que tengo es muy pequeña pero digna, y bastará para ambos.

CARTA DE JESÚS A ABGAR

Dichoso eres tú que has creído en Mí sin haberme visto; pues de Mí está escrito que los que me han visto no creerán en Mí, mientras que los que no me han visto, esos creerán y vivirán. Pero en cuanto a lo que me escribes de ir a ti, es necesario que yo cumpla todo aquello para lo que he sido enviado aquí, y después de haberlo cumplido, suba enseguida al que me ha enviado; y después de haber subido, te enviaré alguno de mis discípulos para sanar tu mal, y te dará vida a ti y a los que están contigo.

Eusebio, *Historia eclesiástica*, 1.1 c. 13 n 6-10.

CARTA DE VALERIO A LOS MONJES DEL BIERZO

El padre Flórez, en su monumental España Sagrada *—típico producto del espíritu ilustrado del siglo XVIII— describe la región del Bierzo como la que «mejor puede competir con la Tebaida y con los más santos desiertos de Palestina». En efecto, abundaban los monasterios y cuevas de anacoretas en torno al que todavía se llama hoy, con nombre significativo y poético, Valle del Silencio. Valerio fue abad de varios de esos monasterios que proliferaban al sur de Ponferrada, en las laderas y valles de unos montes por los que más tarde discurriría el Camino de Santiago. Murió el año 695 en el monasterio de San Pedro de los Montes, a poca distancia de la joya mozárabe de Santiago de Peñalba. Fue autor Valerio de muchos libros y tratados, algunos perdidos; esta* Epístola de Beatissimae Echeriae laude *se conserva en cinco códices diferentes, y su estilo ampuloso y retórico, que he pretendido remedar en mi traducción, contrasta vivamente con el latín llano y coloquial de Egeria.*

Comienza la carta en loor de la bienaventurada Egeria, dirigida por Valerio a los hermanos monjes del Bierzo:

Os ruego, hermanos venerables y amados de Dios, que con espíritu solícito consideréis cuán amplio ha de ser el ejercicio de diversas obras para alcanzar como premio el reino de los cielos. Cuando contemplamos los hechos virtuosos de los varones más fuertes y santos, más se destaca la constante práctica de la virtud en la fragilidad de la mujer, tal y como nos refiere la preclara historia de la bienaventurada Egeria, superior en fortaleza a todos los varones de su siglo.

Así pues, cuando antaño el renacer de la venerable fe católica y la radiante y profunda claridad de la sagrada religión irradiaban al fin con luz crepuscular en el extremo de esta región occidental, esta bienaventurada monja Egeria, consumida por la llama del deseo de la gracia divina, con el sustento de la majestad del Señor, emprendió un largo periplo por todo el orbe, con todas sus fuerzas y con un corazón intrépido.

Así, avanzando poco a poco bajo la égida del Señor, llegó a los sacratísimos y anhelados lugares del nacimiento, pasión y resurrección del Señor, y hasta los cuerpos de mártires esparcidos por diversas provincias y ciudades para orar ante ellos y alimentar su devoción. Cuanto más versada en la santa doctrina, tanto más ardía en su corazón la llama de un deseo inextinguible.

Examinando con todo detalle los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento y cuantos lugares de los más señalados santos halló consignados en las diversas regiones del mundo, provincias, ciudades, montes o desiertos, parte con presteza, y aunque embarcada en una peregrinación que ocupará un espacio de muchos años, no obstante lo recorrerá todo, con el auxilio divino, y llegará finalmente a las regiones del Oriente, visitando con el más férvido de los entusiasmos los gloriosísimos cenobios de las congregaciones de santos monjes de la Tebaida, así como también las santas cárceles de los anacoretas, donde, tras protegerse con las bendiciones de numerosos santos y alimentarse con el dulce manjar de la caridad, se dirige a todas las provincias de Egipto, e indaga con suma atención todos los parajes donde acampó el pueblo de Israel en su antiguo peregrinaje, así como la extensión de cada una de las provincias, sus riquezas naturales y las más importantes construcciones y bellezas diversas de sus ciudades, haciendo una elegante y pormenorizada loa de todo ello.

Tras lo cual, encendida por el deseo de orar en la montaña sacratísima del Señor, siguiendo las huellas de la salida de Egipto por parte de los hijos de Israel, se adentró en las vastas soledades y diversos desiertos del yermo que describe minuciosamente la narración del libro del Éxodo.

Allí donde, sediento de tres días el pueblo de Israel, errante sin agua y entregado a murmuraciones, el Señor hizo brotar, a través de Moisés, de una durísima peña, un agua inestimable, aunque la fe de aquellos siguió sin agradecérselo; allí mismo, en el corazón de esta sedienta del Señor, surtió un manantial de

agua viva que mana hasta la vida eterna. Y allí donde aquella multitud hambrienta, por dispensación divina, recibió el santo maná llovido del cielo, pero despreciándolo luego añoró los execrables manjares de Egipto, allí mismo, esta, alimentada con la palabra de Dios, sin cesar de dar gracias a Dios, se arrojaba intrépida a los caminos. Aquellos, escuchando con frecuencia la voz del Señor, veían cómo su divina gracia les precedía de día y de noche en una columna de nubes y de fuego, pero, indecisos, tramaban volverse atrás; esta, en cambio, tras escuchar una sola vez la voz evangélica, se adentraba en la montaña del Señor llena de gozo y alejada de la duda, sin que ninguna vacilación la detuviera.

Aquellos, sin aguardar a Moisés con la ley del Señor aquel intervalo de cuarenta días, se fabricaron la escultura de un ídolo como dios; esta en cambio, aguardando la venida del Señor tras el fin de los siglos como algo presente, encaminándose hacia el monte santo del Sinaí, desde donde esperamos que vendrá en su día envuelto en las nubes del cielo, sin parar mientes en su fragilidad femenina, con paso infatigable y alzada por la diestra divina, vuela veloz sobre las arduas escarpaduras de esa montaña cuya cima despunta en la vecindad de las excelsas nubes.

Así, arrastrada por: la fuerza de la devoción divina, alcanzó la sagrada cumbre de su pétrea montaña, donde la propia majestad divina, el Dios omnipotente, se dignó morar mientras entregaba la ley santa al bienaventurado Moisés; y donde ella, con el más exultante de los gozos, entre frecuentes actos de oración, ofreció a Dios sacrificios saludables y, dando infinitas gracias a su gloriosa majestad, siguió adelante para ver más cosas.

Después de haber recorrido los confines y tierras de casi todo el orbe, procuró además escalar las cimas de otras montañas igualmente encumbradísimas, concretamente el excelso monte Nebo, semejante al tan mencionado Sinaí, desde cuya cúspide el bienaventurado Moisés vislumbró la tierra de promisión y, falle-

cido en aquel mismo punto, dícese que fue sepultado por los ángeles; también otro muy elevado, el Farán, encumbrado en grado sumo, en cuya cima, con los brazos elevados, oró Moisés mientras el pueblo luchaba, hasta que se consiguiese la victoria; también la cresta del prodigioso monte Tabor, donde el Señor se apareció glorificado a los discípulos con Moisés y Elías; y otro muy enorme, semejante a este, llamado Hermón, en el que el Señor tenía por costumbre reposar con sus discípulos; y otro muy alto, en el que el Señor adoctrinó a los discípulos sobre las bienaventuranzas, al que se llama «Eremus»; y otro monte igualmente de gran escarpe, al que se llama el monte de Elías, en el que habitó el profeta Elías y cien profetas se emboscaron; asimismo, otro parecido a estos que domina Jericó y consagrado igualmente por el Señor; a todos ellos ascendió con igual presteza y, como en cada uno de estos lugares han sido levantados altares en las respectivas santas iglesias, en todos ellos ofreció su voluntad al Dios omnipotente con gozo exultante y acciones de gracias.

Es fácil así comprender que, puesto que procuraba alcanzar las alturas del reino de los cielos, la compañía de las santas vírgenes en el paraíso de delicias y los premios de la gracia, con ánimo ardiente, con todas sus fuerzas y con el más profundo anhelo, por ello mismo, llevada de forma infatigable a la cima casi inaccesible de tantas montañas, con el auxilio divino, pudiera sobrellevar con liviandad y con ferviente ánimo las privaciones de tan encumbradas alturas.

¿Quién podría hacerse una cabal idea del temor que anidó en su corazón al juicio que ha de venir; del amor de dilección de la más alta caridad que la arrastraba; del fervor ardientísimo de la esperanza y de la fe divinas que la abrasaba; a ella, a quien no debilitaron los caminos de todo el mundo; a quien no detuvieron los piélagos procelosos ni los ríos caudalosos; a quien no amilanó la excelsitud ni la severa aspereza de los montes; a quien no causó espanto la fiera sevicia de las gentes impías, hasta que alcanzó

por completo y hasta el colmo sus devotos afanes, con la ayuda del Señor, y con una audacia alejada de toda vacilación?

Así pues, hermanos dilectísimos, ¿cómo no enrojecemos de vergüenza, nosotros que gozamos de vigor corporal y buena salud, viendo cómo una mujer siguió el ejemplo santo del patriarca Abraham y por alcanzar el premio sempiterno de la vida eterna prestó la fortaleza del hierro al frágil sexo femenino? Pues, al hollar este mundo entre las fatigas de las privaciones, logró el paraíso con el descanso y la gloria de los goces.

Ella, surgida en la más remota orilla del mar Océano occidental, se dio a conocer al Oriente. Al buscar remedio para su alma, ha donado un ejemplo admirable a muchas almas de cómo seguir a Dios. No quiso darse aquí reposo, para llegar así confiada a la gloria sempiterna con la palma de la victoria; maceró aquí su cuerpo terrenal con fatigas terrenales, para preparar así al Señor celestial un alma celestial e inocente; se convirtió aquí en peregrina con espontánea libertad, para heredar así los etéreos reinos en el coro de las santas vírgenes, junto con la gloriosa reina del cielo María, madre del Señor.

Entretanto, dilectísimos, quienes voluntariamente nos hemos consagrado a servir fielmente al Señor con el hábito religioso, si bien no podemos merecer la gracia del Señor de igualar los méritos del infatigable ejemplo de tamaña mujer, no obstante, ya que son muchas las vías de merecimiento que conducen a la misma y única patria del reino celestial, en cuanto, con la ayuda del Señor, nos quede algún aliento, con fatigas, con vigilias, con ayunos y frecuentes oraciones y con la práctica diversa de la regla, debemos prepararnos infatigablemente, día y noche, abstenernos de todos los placeres ilícitos y de los halagos del mundo y de sus diversas torpezas, no sea que, malgastando con negligencia este exiguo intervalo de tiempo, el día en que aquella, junto con las santas vírgenes, en aquel mismo lugar por donde peregrinó con sus pies durante esta vida, salga al encuentro del Señor en su ve-

nida, en medio del aire y llena de gozo, con la lámpara de aceite encendida de una insigne santidad y en compañía de los demás santos; nosotros, en cambio —que ello no ocurra—, cerradas las puertas y extintas las lámparas, hayamos de permanecer fuera, excluidos y malamente arrojados, y solicitemos entrar en la vida, mas en vano, por haber aguardado perezosos la llegada del Señor con tibio sopor. Recordemos las palabras de nuestro Señor cuando dice: «Caminad mientras tengáis luz, para que no os envuelvan las tinieblas, y: Quien haya perseverado hasta el final, ese se salvará». Pues tal como cada uno salga de aquí, así se presentará en el juicio para recibir cada cual según sus obras. Fin.

Termina la carta en loor de la Virgen Egeria.

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

ARCE, Agustín, O. F. M. *Itinerario de Egeria*. Introducción, edición del texto latino, traducción castellana y notas. BAC, Madrid, 1978. Es la edición más completa en castellano, para especialistas, con amplia bibliografía para profundizar temas.

BERTINI, F. (ed.). *La mujer medieval*, Alianza Editorial, 1991. Cf. la contribución de Franco Cardini «Egeria, la peregrina»; presentando los aspectos más sociales y feministas.

CAMPOS, Julio. *Sobre un documento hispano del Bajo Imperio (El viaje de Egeria)*, Helmántica 18, 1967. Para los aspectos lingüísticos. (Ver también Veikko Väänänen y M. Díaz).

DEVOS, Paul. *La date du voyage d'Egerie*. Analecta Bollandiana 85, 1967. Definitivo para la cuestión de fechas.

DÍAZ y DÍAZ, Manuel. *Antología del latín vulgar*. Ed. Gredos, Madrid, 1962.

DUCHESNE, L. *Origines du culte chrétien*. París, 1925. Para los aspectos litúrgicos.

EGERIE, *Journal de Voyage (Itinéraire)*, ed. P. Maraval y *Valerius du Bierzo, Lettre sur la Bse. Egerie*. Ed. M. C. Díaz y Díaz, Les Éditions du Cerf, París, 1982 (ambos textos en un mismo volumen, con bibliografía).

FÉROTIN, Marius. *Le véritable auteur de la «Peregrinatio Silviae», la vierge espagnole Etheria*. Revue des questions historiques, N.° 30 (1903). Definitivo para la cuestión de la autoría.

FRANCESCHINI, Aet. y WEBER, Rob. *Itinerarium Egeriae cura et studio Aet. Franceschini et R. Weber*. Corpus Christianorum, Series latina, CLXXX, Turnhout, 1965. Es el texto latino seguido en general por A. Arce y también para la presente traducción.

GALINDO ROMEO, Pascual. *Eteria, religiosa galaica del siglo IV*. «La Académica», Zaragoza, 1924. Es la primera traducción castellana, muy difícilmente accesible.

GAMURRINI, F. *S. Hilarii Tractatus de myteriis et Hymni et Silviae Aquitanae Peregrinatio ad loca sancta*. Biblioteca della Accademia Storico-giuridica, vol. IV, Roma 1887. Es la edición príncipe, seguida por una segunda edición corregida: *S. Silviae Aquitanae Peregrinatio ad loca sancta*, Studi e Documenti di Storia e Diritto, 9, 1888.

GARCÍA VILLADA, Z. *La Virgen Eteria y su peregrinación a Tierra Santa*. Historia Eclesiástica de España, l. Madrid, 1929.

HOLUM, Kenneth, *Theodosian Empresses; Women and Imperial Dominion in Late Antiquity*. The University of California Press, 1989.

HUNT, Edward D, *Holy Land Pilgrimage in the Later Roman Empire AD 312-460*. Clarendon Press, Oxford 2009.

LAVAUR, Luis. *El turismo en su historia*. Ed. Editue, Barcelona 1974.

LECLERQ-FÉROTIN. *Etheria. Dictionnaire d'Archeologie chrétienne et de Liturgie*, V/1. París, 1922; XVI, París, 1939. Para cuestiones arqueológicas y litúrgicas.

LOFSTEDT, Binar. *Philologischer Kommentar zur Peregrinatio Aetheriae. Untersuchungen zur Geschichte der Lateinischen Sprache*. 4.a ed., Darmstadt, 1962. Fundamental sobre el tema del lenguaje.

LÓPEZ CEREIRA, Eduardo. *Exeria, Viaxe a Terra Santa*. Ed. Sargadelos.

López Pereira, José Eduardo: «Egeria, primera escritora y peregrina a Tierra Santa», en González Paz, Carlos Andrés (ed): *Mujeres y peregrinaciones en la Galicia Medieval. Cuadernos de Estudios Gallegos*. Monografías, 11, Santiago de Compostela 2010, pp. 39-53.

López Pereira, X. E., *Exeria. Viaxe a Terra Santa*. Edicións Xerais. Vigo 1991 (en gallego).

Pascual, Carlos, *El Viaje de Egeria*. Editorial Laertes, Barcelona, 1994.

Pascual, Carlos, *Egeria, la dama peregrina*. Revista Arbor n.º 711-712, marzo-abril, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid 2005.

Pérez de Urbel, fray Justo. *Los monjes españoles en la edad media*. Ediciones Ancla. Madrid, 1945. Una aproximación resumida, pero obsoleta en datos y parcial de enfoque.

Petré, Hélène. *Etherie, Journal de Voyage*. Les Éditions du Cerf, París, 1948. Texto latino y una notable traducción muy «legible».

Teja, Ramón, «Mujeres hispanas en Oriente en época de Teodosio», en TEJA Ramón y PEREZ, Cesáreo: *La Hispania de Teodosio. Actas Congreso Internacional*, Ed. Universidad Sek, Salamanca 1997, pp. 175-284.

Trebolle Barrera, Julio César. *Polos camiños da galega Egeria no Sinaí*. Grial, 1974.

Väänänen, Veikko, *Introducción al latín vulgar*. Ed. Gredos 2003 (para cuestiones lingüísticas, cita con frecuencia a Egeria).

EGERIA (Gallaecia, Hispania, s. IV). Originaria, posiblemente, de la provincia de Gallaecia, en la Hispania romana, esta dama de familia noble o pudiente realizó una larga peregrinación a los Santos Lugares entre los años 381 y 384, relatando su viaje a través de cartas o misivas.

Notas

[1] M. Férotin, *Le veritable auteur de la «Peregrinatio Silviae», la vierge espagnole Etheria*. Revue des questions historiques, n.° 30, 1903. <<

[2] Visitando hace algunos años el fuerte de Vindolanda (junto a la actual Chesterholm, Inglaterra), perteneciente al complejo fronterizo del Muro de Adriano que cruza Inglaterra de costa a costa, me detuve a observar, en su pequeño museo, algunas de las más de dos mil tablillas romanas de madera, escritas con pluma y tinta, y desenterradas por Robin Birley en las excavaciones locales a partir de 1973. Me llamó la atención una, que tal vez sea la primera invitación conocida a un cumpleaños. La escribe de su puño y letra Claudia Severa, en el año 103 o 105, y va dirigida a su amiga Sulpicia Lepidina, esposa del jefe de la guarnición. Tras invitarle a la fiesta, se despide en estos términos: «Sperabo te, soror, vale, soror, anima mea, ita valeam, karissima et have» («Te espero, amiga, cuídate, amiga, alma mía, yo también lo haré, querida, salud»). Cito este documento por el lenguaje coloquial, el empleo de soror y también porque debe de ser uno de los más antiguos documentos originales escritos en latín por mano de una mujer. <<

[3] Pérez de Urbel, Fray Justo, *Los monjes españoles en la Edad Media*. Ediciones Ancla. Madrid, 1945. <<

[4] Sello emitido el 26 de septiembre de 1984, estampado en huecograbado a cinco colores, con valor facial de cuarenta pese-

tas, y una tirada de cuatro millones, en formato horizontal (49'8 × 28'8 mm). <<

[5] La primera peregrinación, por tierras gallegas, se llevó a cabo entre el 15 y 27 de septiembre de 2005, y tuvo eco en algunos periódicos locales. (http://www.egeria-projekt.de). <<

[6] Ver, entre otros: Ramón Chao, *Prisciliano de Compostela*, Barcelona, Seix Barral, 1999; Jesús Torbado, *El peregrino*, Barcelona, Editorial Planeta, 1999. Ana Muncharaz, *El viaje de Egeria*, Ed. Palabra, 2012. <<

[7] Franco Cardini, "Egeria, la peregrina", contribución en *La mujer medieval*, editado por F. Bertini, Madrid, Alianza Editorial, 1991. <<

[8] Ver Paul Devos, *La date du voyage d'Egerie*, Analecta Bollandiana 85, 1967. <<

[9] Kenneth G. Holum, *Theodosian Empresses: Women and Imperial Dominion in Late Antiquity*. The University of California Press, 1989. <<

[10] Puede verse una reconstrucción razonada y bastante exhaustiva de esta datación en A. Arce (ver bibliografía), quien recoge a su vez las investigaciones de P. Devos en el libro antes citado, que todos los estudiosos dan por buenas. <<

[11] El sangriento suceso fue tratado por Alejandro Amenábar en su película *Ágora* (2009), aunque el filme edulcora un poco la brutal realidad histórica. Para suavizar aquel hecho horrible, los cristianos inventaron la leyenda de Santa Catalina de Alejandría, es decir, el mismo asunto pero contado al revés: una mártir cristiana, torturada por los paganos, cuyo cuerpo habría sido llevado por los ángeles al monte Sinaí. Y descubierto «milagrosamente» por los monjes del lugar, los cuales habrían llevado los restos a su monasterio.

Según esta leyenda, Catalina habría sido martirizada a comienzos del siglo IV, un siglo antes que la filósofa Hipatia. Dato

significativo: también ella era una joven instruida y la Iglesia la nombró patrona de los filósofos. Pero el relato más antiguo del martirio de santa Catalina aparece quinientos años después del supuesto suceso, y coincide en el tiempo con el hallazgo milagroso por parte de los monjes… Uno de los más firmes partidarios de la falsedad de la leyenda cristiana es Harold T. Davis (*Alexandria: The Golden City*, Principal Press of Illinois, 1952). <<

[12] El manuscrito no está expuesto al público, pero se puede consultar *in situ*, previa autorización. También se puede solicitar el envío del texto escaneado. <<

[13] El Itinerario de Antonino Augusto Caracalla habría sido redactado en el siglo III, pero nos ha llegado en una única copia de la época de Diocleciano (siglo IV). Es un listado esquemático con las rutas o calzadas principales del Imperio Romano, consignando las ciudades, las mansiones intermedias y las millas distantes entre cada etapa. De las trescientas setenta y dos rutas consignadas, treinta y cuatro se refieren a Hispania. La *Tabula Peutingeriana* o Tabla de Peutinger (humanista alemán del siglo XVI) es un pergamino del siglo XIII que habría copiado un documento anterior (caso similar al códice de Arezzo). Son doce folios, pero falta el primero, precisamente el que contenía… ¡Hispania! y la parte occidental de las islas británicas. No obstante, esa página perdida fue «reconstruida» por Konrad Miller en 1898. La imagen que muestra el pergamino, al estar esquematizada, se parece curiosamente al mapa de la red de metro de una gran ciudad. Las *Tablas de barro* de Astorga, o «Itinerario de barro» son cuatro tablillas cuya autenticidad ha sido puesta en duda por algunos expertos. <<

[14] La supuesta Casa de la Virgen fue «milagrosamente» hallada en Éfeso (cerca de la actual Selçuk, Turquía), en un lugar indicado por la monja alemana Catherine Emmerich; ella habría co-

nocido el punto exacto a través de unas «revelaciones divinas», hechas públicas en 1878. En la actualidad, es un próspero atractivo religioso-turístico. Lo cierto es que la Virgen María tuvo el primer templo a ella dedicado en Éfeso (se conservan las ruinas, del siglo IV). Y otra curiosa (y sospechosa) coincidencia: fue precisamente en esa ciudad, feudo de la *diosa-madre* oriental Artemisa, donde María recibió oficialmente el título de *Madre de Dios*, en el tercer concilio ecuménico, celebrado en el año 431. <<

[15] Es el nombre griego (*enkainia*, inauguración) que se daba a la fiesta judía de la Dedicación o *Hanukkah*. En ella se conmemora el día en que Judas Macabeo purificó el Templo de Jerusalén, profanado tres años antes (en el 167 a. C.) por Antíoco IV Epifanes. Se celebra a partir del 25 de *kislev* (diciembre), dura ocho días y se encienden luces para iluminar el Templo, las sinagogas y las casas, por lo que se llama también «fiesta de las luminarias» —es ocioso anotar que para los judíos, las «luces navideñas» tienen distinto sentido—. <<

[16] Veikko Väänänen, en su *Introducción al latín vulgar*, cita hasta veintisiete veces la *Peregrinatio* de Egeria. También M. Díaz y Díaz en su *Antología del latín vulgar*. Ver Bibliografía. <<

[17] *Conferencias*, de Casiano, l9, 5-6. <<

[18] Se trata de las tumbas de los israelitas que Dios hizo perecer tras haber comido las codornices (Números, 11,34 y 35,16). Estos *quibrot ha-ta'awah* serían unas edificaciones circulares cerradas por un cono de piedra, que abundaban en los valles centrales de la península del Sinaí. Egeria localiza estos sepulcros en la gran llanura de el-Ráha (o «valle del descanso»), a la que se accede por la abertura de Naqb el-Hawá («paso del viento»). Lo que se divisa al fondo es el macizo de Safsâfa, extremo noroccidental del macizo del Sinaí. <<

[19] Los *monasteria* del original latino eran en realidad ermitas (a veces incluso cuevas) donde vivían monjes en solitario (ver in-

troducción). Cuando había varios *monasteria* en torno a un mismo lugar, formaban lo que en Palestina se llamaba una *laura* y contaba con una iglesia común (como en este caso) a la que los ermitaños acudían semanalmente, o en las fiestas litúrgicas. Posteriormente, el nombre de *monasterium* vino a significar la vida religiosa en común, cosa que anteriormente se designaba por el término *coenobium*. <<

[20] El original latino designa a los acompañantes de Egeria con el vocablo *sancti* (santos); este término, como el de *fratres* (hermanos), era empleado por los cristianos de entonces para designarse entre ellos. En algunas ocasiones Egeria especifica más quiénes eran estos *sancti* que la acompañaban y hacían de guías: monjes, presbíteros y diáconos, y ocasionalmente algún obispo. Lo cual denota la alta posición social de Egeria (ver introducción). <<

[21] Las diez de la mañana. <<

[22] Esta iglesia sería la edificada en el año 363; más tarde, en el año 530, el emperador Justiniano ordenó construir un edificio mayor protegido con grandes muros. <<

[23] La *oblatio* (ofrenda) era el equivalente a la misa, y *communicare* era «comulgar», tomar parte en la *oblatio* eucarística. <<

[24] Las *eulogiae* eran modestos presentes (frutas, dulces, etc.: ver introducción), de valor más simbólico que otra cosa; con ellos se concluían los ritos de la hospitalidad, ofreciendo al viajero en su partida un recuerdo del lugar y del viaje. <<

[25] Se llamaba *mare Parthenicum* al que se extiende al sur de Grecia, entre el mar Jónico y el Egeo. Dice Egeria que dicho mar «se extendía ante sus ojos»: era imposible, los guías le indicarían en todo caso por dónde caía. Pero es un rasgo muy propio de viajeros de cualquier época: ven lo que desde un determinado punto les dicen que se ve; aunque la niebla o la distancia borren el paisaje unos metros más allá de sus narices. <<

[26] *Saraceni*: tribus nómadas que ocupaban sobre todo el norte de la península del Sinaí, ancestros de los «sarracenos». <<

[27] «De los Reinos»: título para Samuel y Reyes de la versión griega de los Setenta (βασιλείων), que la Vulgata traduce en cambio como Libros de los Reyes (*regum*); esto podría indicar que Egeria estuviese manejando un texto griego. <<

[28] Las dos de la tarde. <<

[29] El emperador Justiniano I haría construir, unos ciento cincuenta años después de la visita de Egeria, el monasterio luego llamado de Santa Catalina, al pie del Yébel Musa; tras el ábside de esa basílica quedó la primitiva capilla que había sido construida hacia el año 363, y que sería la que viera Egeria. Allí se venera aún el recuerdo de la zarza ardiente. En la actualidad, el monasterio está al cuidado de una comunidad de monjes ortodoxos. <<

[30] Las cuatro de la tarde; en invierno y en aquella latitud, a esa hora empieza a atardecer rápidamente, como enseguida nos dirá. <<

[31] Josué. <<

[32] Varios autores griegos se refieren a las bandadas de codornices que cruzaban Egipto en sus largos viajes migratorios, y que eran fácil presa, por la fatiga del vuelo, para los beduinos. El maná consistía en granos que se machacaban en un mortero para preparar tortas con sabor como a miel. <<

[33] En latín, *affectio vestra*: título de respeto equivalente a *caritas vestra, dilectio vestra*, que utiliza por ejemplo san Agustín, coetáneo de Egeria. <<

[34] Del oasis de Farán al Sinaí hay, en efecto, unos cincuenta kilómetros. No entra mucho en detalles sobre este tramo, seguramente porque ya lo había hecho en la parte perdida de su relato. De la antigua ciudad apenas quedan vestigios. <<

[35] La ciudad de Clysma o Clesma —significa «lugar bañado por las olas»— se hallaba ligeramente al norte de la Suez actual,

y era un puerto comercial para los barcos que iban a la India. <<

[36] *Epauleum* es la Επαυλις de los Setenta, que corresponde a la *Phihahiroth* de la Vulgata y del hebreo. Allí, a veinticuatro kilómetros al norte de Clysma, se hallaba un migdol o fortaleza que daría nombre a *Magdalum* o Magdala. <<

[37] Etan corresponde a *Serapeum*; cruce importante de caminos, allí los israelitas cambiaron su rumbo por orden divina. <<

[38] Sucot era, en la época del Éxodo, una región cuya principal ciudad era Piton, que el faraón hizo construir a los israelitas. Sus restos, así como los del asentamiento romano de Hero o Heróopolis (Ηρώων πόλις) levantado en el mismo lugar, fueron detectados en el *wadi* Toumilat, en Tell-el-Maskhouta; en la Biblia se alude a Hero como Gosen. <<

[39] Génesis 46, 28 y 29. <<

[40] Egeria transcribe fonéticamente una palabra griega, κωμη, equivalente como ella misma dice a *vicus*, aldea; en Egipto se emplearía oficialmente el vocablo griego y Egeria, como buena viajera, gusta anotar los vocablos que llamaban su atención (como en otros casos «ascetas», «eulogias», etc.). <<

[41] *Martyrium* era el sepulcro de un apóstol, mártir, o simplemente de algún santo, incluso reciente. Sobre tales sepulcros solía construirse una iglesia o templete, y eran muchas veces lugar de peregrinación. <<

[42] Arabia era uno de los *nomos* o provincias de Egipto, en tiempos de Egeria; el nombre designa a la vez la región y la ciudad. <<

[43] Rameses había sido construida por los israelitas al mismo tiempo que Piton; no está claro su emplazamiento. <<

[44] Cuatro millas. <<

[45] El sicómoro es una especie de higuera cuyos frutos son indigestos. Como se ve, ciertas costumbres milagreras vienen de

lejos. Este y los relatos que siguen del obispo de Arabia son puras leyendas, que se tenían entonces por firmes verdades. <<

[46] *A pisinno*, en el original. Buena muestra del lenguaje popular de Egeria (*pisinnus* sustituye a parvus), que preludia las formaciones romances. <<

[47] *Ager publicus*: era la vía militar y pública que atravesaba Egipto de extremo a extremo (ver introducción). <<

[48] Las ruinas de Tanis se han encontrado en ambas márgenes del Nilo, y algunos las identificaron con la ciudad de Avaris y con la Pi-Ramsés, residencia de verano de Ramsés II —de ahí que se considerara la ciudad de Moisés, aunque el Éxodo no lo diga expresamente; pero dice que la hija del faraón recogió al pequeño Moisés en una cesta flotando a orillas del río—. <<

[49] Pelusio, ciudad grecoromana muy populosa; era uno de los principales puertos de Egipto, en el delta oriental del Nilo. <<

[50] Tras la destrucción de Jerusalén por Tito en el año 70, y nuevos destrozos por el levantamiento del año 133, el emperador Adriano (Aelius Hadrianus) la había reconstruido como colonia romana con su propio nombre: *Colonia Aelia Capitolina*. Este nombre fue cediendo terreno al antiguo de *Ierosolim* tras las «recuperaciones» cristianas de santa Helena, madre del emperador Constantino. <<

[51] El monte Nebo es el rãs Siãgha que corresponde al Pisgãh bíblico, en el macizo de los montes ʻAbârim, cadena montañosa de la región de Moab, al este del mar Muerto (en la actual Jordania). Es una excursión fácil desde Mádaba (a treinta y cinco kilómetros de Ammán), célebre por sus mosaicos de los siglos VI y VII —ha sido declarada por ello World Craft City—; allí se descubrió en 1896 el célebre mosaico con el «mapa» tal vez más antiguo de Tierra Santa. En la actualidad, en la cima del monte Nebo hay un memorial de Moisés (monolito) y un santuario regido por franciscanos. Estos alentaron las excavaciones que han

sacado a la luz una basílica bizantina (siglo VI) con espléndidos mosaicos. <<

[52] Josué aparece como colaborador de Moisés en el Sinaí. Es él quien se encarga del reconocimiento del sur de Canaán, y se convertirá en el sucesor de Moisés, «castigado» a morir a la vista de la tierra prometida por la culpa cometida en Meribá, cuando el manantial brotado de la roca. <<

[53] Es la ciudad llamada en hebreo Beth-Arâm, a la que Herodes Antipas, para halagar a Augusto, hizo llamar Livias, en honor de la mujer del emperador. Herodes la fortificó y fue un centro importante, rodeado de cultivos y palmerales. <<

[54] En el original, *post recessum Moysi*: la palabra *recessus* alude tal vez deliberadamente a la misteriosa desaparición o muerte de Moisés (Deuteronomio, 34, 8-9). <<

[55] El cántico y las bendiciones ocupan respectivamente los capítulos 32 y 33 del Deuteronomio. <<

[56] *De codice*, en el original. El *codex*, término usual entonces para designar ejemplares de la Biblia, consistía en su origen en varias tablillas, pero en la época imperial estaba ya hecho en pergamino o papel. <<

[57] La fuente, en la ladera del monte Nebo, se llama todavía *Ayun Musa*. El milagro del agua brotada de la roca se narra dos veces en la Biblia (Éxodo, 17,6 y Números, 20,8), pero no se localiza ninguna de las dos en este lugar. Según la tradición popular, pues, la acción de Moisés se podría haber repetido también en este paraje. <<

[58] *Pulpitus*: no era entonces el púlpito de las iglesias y catedrales posteriores, sino un ambón, una especie de estrado con un atril, en el que se leían los textos sagrados —a esa tradición se ha vuelto en la liturgia actual—. <<

[59] Texto un tanto oscuro y confuso que ha dado lugar a numerosas interpretaciones: ¿cómo se podía mostrar el sepulcro de

Moisés si «había sido enterrado por los ángeles» y «ningún hombre conocía su sepultura»? Algunos comentaristas creen resolver la contradicción alegando que no había un sepulcro, sino solo el lugar donde fuera colocado por los ángeles (Wolterstorff); o que, puesto que los hombres ignoraban el lugar de la sepultura, el monumento junto al púlpito no sería más que un memorial, algo que conservase su recuerdo (Arce). <<

[60] Desde ciertas alturas, peregrinos o turistas de todos los tiempos suelen «ver» más de lo que alcanza la vista, ven con la mente o con el corazón, más que con los ojos. Eso le debió ocurrir también aquí a Egeria: algunos de los lugares citados era imposible verlos, le señalarían en todo caso la dirección hacia donde quedaban. <<

[61] Segor es el nombre griego (Σηγωρ, Σογορ) de la ciudad llamada Sô'ar por los hebreos: la menor de las ciudades de la Pentápolis, salvada del castigo divino gracias a las súplicas de Lot, quien se había refugiado en ella al abandonar Sodoma (Génesis, 19, 20-25). El *memoriale* que se menciona más adelante podría ser algún monumento conmemorativo. <<

[62] La mujer de Lot convertida en pilar o estatua de sal: el término empleado por los Setenta, στήλη άλος, lo traduce la Vulgata por *statua* y *titulus* (y en algún códice *columna salis*). Egeria emplea las palabras *titulus* y *columna*; yo he traducido como «estatua» por la tradición, y para una mejor comprensión. En torno al Yébel Usdum proliferaban las formaciones salinas en las que los peregrinos «podían ver» a la mujer de Lot, a su hija e incluso al perro de la familia (Cf. P. Dhorme, Revue biblique, 1939, p. 503). <<

[63] Esebón, a unos diez kilómetros del Nebo, fue la capital del reino amorreo de Seón, situado al este del Jordán. <<

[64] La actual Der'a. Conocida también en la antigüedad como Edrai, fue, junto con Astaroth, una de las dos capitales de Og,

rey de Basán (Deuteronomio, 1,4). Está a más de cien kilómetros al NE de Esebon y, por tanto, solo podía señalarse a los peregrinos hacia dónde caía. <<

[65] Se trataría de una montaña cercana a la ciudad de Bethphogor, pero Egeria se equivoca al adscribirla al reino de Edom, mucho más al sur. <<

[66] Sitio localizado en varias partes, aunque lo más probable es que corresponda a una zona montañosa a medio kilómetro del Siyâgha. <<

[67] La Ausitis o Ausitide griega es la misma que la Hus de la Vulgata y la Ûs del hebrero (Job, 1,1), tenida tradicionalmente por patria de Job. <<

[68] Sedima debe ser una corrupción de Salem, que corresponde en realidad al «Aenon, cerca de Salim» donde bautizaba Juan (Juan,. 3,23) como la propia Egeria indica más adelante. <<

[69] Según Arce, Egeria transcribe de oído ὅπου, «donde», con lo que habría de traducirse la expresión como «el lugar de Melquisedec». Comentaristas anteriores creyeron ver una errata o laguna en la palabra *opu*. <<

[70] La ofrenda «pura» de Melquisedec de solo pan y vino, frente a los sacrificios cruentos de la época, pasó en la tradición cristiana a ser preludio y símbolo de la Eucaristía. <<

[71] Egeria transcribe fonéticamente κεπος του αγιου. <<

[72] La Tisbêh de Galaad de los Setenta, probablemente la Istib actual, situada en un valle identificado generalmente con el wadi Yâbis, a unos doce kilómetros al sur de Beisán, que Egeria llama «valle de Corra» (Χοῤῥαθ en los Setenta, Carith en la Vulgata). <<

[73] Es el wadi Querit (actual wadi el-Kelt). <<

[74] Falta aquí una hoja en el códice de Arezzo. De ese folio desaparecido nos ha conservado lo siguiente el códice de Madrid (Exc. Matrit. 1, 20-25) según Arce: «El lugar donde Job estaba

sentado en el estercolero es ahora un lugar limpio, rodeado por verjas de hierro; y allí luce continuamente un gran candelabro de cristal. Y el agua de la fuente donde limpiaba con una teja el pus cambia de color cuatro veces al año: primero tiene color purulento; luego sanguíneo, luego como hiel, y luego limpia». <<

[75] Como se ve, también viene de antiguo la «revelación» de sepulcros, imágenes enterradas y emparedadas, o lugares santos, algunos con tanto éxito como nuestro Santiago de Compostela, por no hablar de las innumerables imágenes halladas por similar procedimiento. <<

[76] Podría acompañar un dibujo al margen, como se dijo en la introducción. <<

[77] En el original latino aparecen añadidas al final las palabras *«tres annos»*, que algunas versiones traducen: «hace tres años»; sin embargo, parece más plausible la idea de E. Wistrand (*Textkritisches zur Peregrinatio Aetheriae*), seguida también por Arce, de que se trate de un descuido del copista, que leyó esas palabras en el renglón siguiente. <<

[78] Nombre bíblico tomado de Génesis, 28, 2.5-6, pero cuando Egeria visitó la región, la prefectura de Mesopotamia se dividía en dos provincias: Osroene al oeste, con capital en Edesa, y Mesopotamia propiamente dicha, al este. <<

[79] La leyenda de la correspondencia entre el rey de Osroene Abgar V «*Ujama*, el Negro» (que reinó entre el 4 y el 50 d. C.) y Jesús tuvo gran resonancia no solo en Oriente, sino también en Occidente —Egeria tenía al parecer copia de las cartas en su patria—. Eusebio la recoge en su *Historia Eclesiástica* (1,13), y también se contiene en la *Doctrina de Addai* o Tadeo, apócrifo siríaco más rico en detalles y también posterior en fecha (siglo V). La leyenda debió de tomar cuerpo hacia mediados del siglo III, ya que el primer rey cristiano de Edesa fue en realidad Abgar IX, que

reinó del año 179 al 214, convirtiéndose al cristianismo en el año 206. <<

[80] Aunque no indica con detalle el camino seguido, de Jerusalén a Antioquía debió de ir por vía marítima, embarcando en el puerto de Cesarea Marítima y siguiendo la costa de Fenicia y Siria hasta Antioquía (la actual Antakya turca). <<

[81] En el siglo II, la provincia de Siria fue dividida en dos, tomando la parte norte el nombre de Syria Magna o Syria Coele, con Antioquía como capital. En el año 341, de la Syria Coele se desgajó la provincia Augusta Euphratensis, con capital en Hierápolis. <<

[82] Se conservan ruinas espléndidas junto a la actual Pamukkale. <<

[83] Esta frase sirvió de apoyo durante algún tiempo a quienes abogaban por que Egeria fuese de origen francés. Pero la ferocidad del Ródano era proverbial (Ausonio, Lucano y otros se refieren a ella); Egeria debió atravesarlo al inicio de su viaje, quedando, por lo que se ve, profundamente impresionada. <<

[84] Batnai o Batnae, en la Osroene (la actual Serûg). En el camino entre Hierápolis y Edesa, tenía una ciudadela y estaba militarmente bien protegida, a causa de sus frecuentes ferias. <<

[85] El título de *confessor* se aplicaba, en la época de las persecuciones, a quienes habían sufrido por su fe, pero sin llegar al grado del martirio. Basándose en esto, se identificó a los tres obispos «confesores» que cita Egeria (los de Batanis, Edesa y Carras) como los tres obispos desterrados a la Tebaida por el emperador Valente a finales del siglo IV; eso permitiría «encajar» las fechas del viaje de Egeria (ver introducción). Queda en pie una duda y es que, a finales de ese siglo IV, el término *confessor* se aplicaba también a quienes dieran ejemplo de santidad en su vida, lo cual perjudicaría los cálculos para fechar el viaje. <<

[86] Actual Sanliurfa; los restos de la ciudad romana se conservan en el castillo de Urfa, que domina esta ciudad turca. <<

[87] El texto latino parece indicar que la iglesia y el sepulcro eran dos edificios distintos, como quiere Devos. La iglesia antigua, dañada por las inundaciones de los años 201 y 303, fue reconstruida en 313 por el obispo Qôna. <<

[88] Seguramente, los *Hechos de Tomás*, apócrifo que relata la predicación y el martirio de santo Tomás en la India. Recuérdese que en la ciudad india de Chennai (antigua Madrás, en el estado de Tamil Nadu, en la costa suroriental del país) se venera también el supuesto sepulcro de santo Tomás, que habría sido martirizado allí en el año 70. La actual basílica de estilo neogótico sustituyó a la levantada en el siglo XVI por los portugueses (*basílica de sao Tomé*). <<

[89] Este texto, junto con la carta de Valerio y otros indicios, sirvieron para apoyar la teoría de que Egeria procedía de la provincia romana *Gallaecia*. <<

[90] A esta leyenda de las cartas se solapa otra, la del santo *Mandylion* o lienzo con el rostro de Jesús: sería un paño con la efigie milagrosamente estampada de Jesús, llegado a manos de Abgar, y conservado por este como talismán; de hecho en algunas versiones es ese lienzo, y no la carta, lo que el rey enfrenta al ejército persa para lograr su derrota. El paño fue llevado a Constantinopla en el 944, pero su pista se pierde tras el saqueo de los Cruzados en el siglo XIII. Como dato anecdótico: a comienzos del siglo XX, solo en España se contabilizaban quince lienzos «milagrosos» de la Santa Faz. <<

[91] Parece claro cierto resabio de mazdeísmo, doctrina difundida por Zoroastro, o Zaratustra, en la región iraní hacia el siglo VI a. C., y que consideraba inmundos los cadáveres y cualquier contacto con ellos. <<

[92] Es la Κάρραν de los Setenta, Hârân en hebreo y la Vulgata, Kárrai en los escritores griegos posteriores, a unos cuarenta kilómetros al sureste de Edesa (Sanliurfa actual). El yacimiento arqueológico se encuentra a unos dos kilómetros de la actual Harrán, famosa entre los turistas por sus casas de adobe en forma de colmenas. <<

[93] El 23 de abril. <<

[94] Nacor era hermano de Abraham y padre de Batuel; este era a su vez padre de Laban y de Rebeca (Génesis, 22, 20-23). <<

[95] Ya a mediados del siglo IV la palabra griega κανῶν y su transcripción latina *canon* se fijan para designar el catálogo o lista cerrada de libros y escritos que la Iglesia reconoce como «inspirados por Dios», *canónicos*, quedando fuera, por tanto, los libros y escritos llamados *apócrifos*. <<

[96] Cf. Génesis 11, 28 <<

[97] Génesis, 29, 3 y 10 <<

[98] Fadana corresponde al hebreo Paddân-Aram (Génesis, 25, 20). Todavía quedan ruinas a unos trece kilómetros al oeste de Harrán con el nombre de Tell-Feddân. <<

[99] Santa Tecla, la «primera mujer mártir» del cristianismo, discípula y colaboradora de san Pablo, según una leyenda recogida en los *Hechos de Pablo y Tecla* y cartas apócrifas del Apóstol, del siglo II, y en dos libros sobre la vida y milagros de santa Tecla, escritos en el siglo V por Basilio, obispo de Seleucia. Tras haberse librado milagrosamente varias veces del martirio, Tecla habría acabado sus días en Seleucia, rodeada de algunas mujeres entregadas a la vida ascética bajo su dirección; en 1907 se descubrió en Meriamlik, cerca de Silifke (Seleucia), una basílica del siglo V, en la colina de Ayatekla, donde habría sido enterrada. Pero antes habría tenido tiempo (según la leyenda hispana) de acompañar a San Pablo en su presunto viaje a Tarragona, dejando para siempre su recuerdo y la inicial de su nombre fundida con la T de Ta-

rragona como emblema de la ciudad. Sus reliquias (los dos brazos) se conservan en esta última urbe, bajo el bellísimo retablo mayor de alabastro policromado de la catedral, si bien otras tres ciudades se jactan de haber albergado su sepultura, la mencionada Silifke (Seleucia, Turquía), Maalula (Siria) y Roma. <<

[100] La actual Kizkalesi turca, donde quedan restos de la antigua ciudad cristiana. <<

[101] Aunque emplea la misma palabra, *monasteria*, que anteriormente hemos traducido por «eremitorios», aquí parece apuntar una vida más en común, con lo que parece más indicado traducirlo por «monasterios»; con todas las reservas, pues no se trataba en todo caso de monasterios tal y como después llegarían a configurarse históricamente. <<

[102] *Aputactitae*: de ἀποταχτιται (los «separados», «apartados»), eran ascetas que habían renunciado a los bienes de este mundo, ocupando una posición intermedia entre el clero y los fieles; vivían en comunidad en torno a la iglesia o en grupos reducidos en casas particulares. A finales del siglo IV empezó a designarse también con este término a ciertas sectas heréticas. <<

[103] Es la Mopsukrene turca, entre Mazar Oluk y Muzar. <<

[104] Santa Eufemia había sido martirizada y devorada por las fieras en Calcedonia (en la orilla oriental del Ponto o Mar Negro, frente a Constantinopla), probablemente en el año 303. En su honor se levantó en dicha ciudad una magnífica basílica que sirvió de escenario al Concilio de Calcedonia del año 451. La antigua Calcedonia se hallaba en el actual distrito de Kadiköy, en la zona asiática de Estambul. <<

[105] San Juan, refugiado en Éfeso tras la caída de Jerusalén, acabó en aquella ciudad sus días, tras un exilio en la isla de Patmos. En Éfeso fue enterrado, levantándose varias iglesias en su honor, entre otras la célebre basílica erigida por Justiniano en el año 540, que según testimonios antiguos superaba en esplendor

al (primitivo) templo de San Pedro en Roma. Se pueden visitar sus magníficas ruinas, en un cerro muy próximo a la ciudad grecorromana. Significativamente, nada dice Egeria acerca de una supuesta casa de la Virgen. <<

ÍNDICE

Viaje de Egeria 2
Índice 6
INTRODUCCIÓN 7
VIAJE DE EGERIA 40
- LLEGADA AL SINAÍ 41
- SUBIDA AL MONTE DE DIOS 43
- EL HOREB 45
- LA ZARZA DE MOISÉS 47
- RECUERDOS BÍBLICOS 48
- EL VALLE DE EL-RÁHA 50
- DE FARÁN A CLYSMA 51
- DESDE CLYSMA HASTA ARABIA 52
- EN LA REGIÓN DE GESSÉN 53
- EN RAMESES 55
- EN ARABIA 56
- EN LA REGIÓN DE GESSÉN 56
- EL MONTE NEBO 58
- LA PEÑA DE DONDE BROTÓ AGUA 59
- EL SEPULCRO DE MOISÉS 61
- DESDE EL MONTE NEBO 62
- HACIA EL SEPULCRO DE JOB 64
- LA CIUDAD DE MELQUISEDEC 64
- EL HUERTO DE SAN JUAN 66
- El VALLE DE ELÍAS 67
- EL SEPULCRO DEL SANTO JOB 69

HACIA MESOPOTAMIA 69
EDESA 71
LA CORRESPONDENCIA ENTRE ABGAR Y JESÚS 74
EN HARÁN 75
LAS TUMBAS DE NACOR Y DE BATUEL 77
EL POZO DE JACOB 79
DE ANTIOQUÍA A SELEUCIA 81
REGRESO A CONSTANTINOPLA 82
TEXTOS ADICIONALES 84
BIBLIOGRAFÍA SELECTA 91
Autora 94
Notas 95